

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL HIJO PRÓDIGO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1857.

EL HIJO PRÓDIGO.

EL HIJO PRÓDIGO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1857.

A mis señores Padres.

Pedro Antonio de Alarcon.

PERSONAJES	ACTORES.
DON BLAS	D. Joaquin Arjona.
DOÑA ROSA	D.ª Mercedes Buzon.
MIGUEL	D. Julian Romea.
DOLORES	D.ª Teodora Lamadrid.
FERNANDO	D. Victorino Tamayo.
DOÑA RAMONA	D.ª Felipa Orgaz.
DON GIL	D. Pedro Sobrado.

La escena es en Carmona, en casa de D. Blas, año de 185...

Se estrenó este drama en el teatro del Circo de Madrid, la noche del 5 de Noviembre de 1857, á beneficio del primer actor D. Joaquin Arjona.

ACTO PRIMERO.

Salon antiguo: á la derecha en primer término, gran chimenea de campana. En segundo término una puerta que va al interior de la casa. En el fondo puerta grande que da á un corredor, cuya baranda de madera se alcanza á ver. A la izquierda en segundo término, un aparador con vajilla. En primer término, una mesa, sobre la cual hay un belon de cuatro mecheros, y una jaula con un canario. Entre el aparador y la mesa, una ventana de cristales. Muebles viejos, restos de una casa solariega. Al lado de la chimenea enfrente del público, un gran sillon de baqueta. (La izquierda y la derecha se entenderán siempre del espectador.)

ESCENA PRIMERA.

DON BLAS, DOÑA ROSA, DOLORES, DOÑA RAMONA. *Al alzarse el telon, D. Blas reza con un rosario en la mano, sentado en el sillon. Doña Rosa y Doña Ramona hacen calceta, sentadas tambien á la chimenea. Dolores está sola á la derecha, vuelta de espaldas al hogar, jugando con la jaula. Es de noche.—Oyese el doble de una campana á lo lejos.*

BLAS. Por el eterno descanso
de los que en la tierra yacen.

TODOS. Amen.

(Un reló mas cercano que el doble, da las diez: cesa el doble.)

RAM. Silencio... las diez...

BLAS. Si: las diez son.

RAM. Dios las trae.

(Doña Rosa se levanta, y entra y sale por la puerta de la derecha llevando vajilla del aparador. Se conoce que se prepara una cena. Dolores se levanta una vez y se asoma á la ventana, volviendo á sentarse donde estaba.)

Ya acabaron de doblar...
¡Jesus, qué noche!.. qué tarde!
La víspera de difuntos
me da miedo... Aun tengo carne
de gallina... Es espantoso
estar nueve horas mortales
oyendo tocar á muerto!

BLAS. ¡Y sin embargo; es tan grande,
es tan solemne este dia!

RAM. Pero triste...

BLAS. ¡Disparate!
Para los buenos cristianos
morir es cosa muy fácil;
porque morir es nacer
á otra vida perdurable.
El que no está satisfecho
de lo que aqui de sí hace,
teme que no le permitan
existir en otra parte...
por eso espantan los muertos;
por eso usted se contrae
la noche de Todos-Santos...—
¡Es muy difícil hallarse
digno de morir, vecina!—
Cásese usted.

RAM. ¿Que me case?

BLAS. Si, señora: verá usted
cómo en sus hijos renace,
y deja de imaginar
que morir es acabarse.
Sabrá usted entonces al menos,

que cuando al sepulcro baje,
habrá en noches como esta
quien la recuerde y la ame,
y ruegue á Dios por el alma
de una esposa, de una madre!

RAM. Eso digo yo á don Gil...
pero... en fin... cuanto mas tarde...
siendo vieja... tiene una
menos probabilidades
de ver morir á sus hijos...

BLAS. Y de verlos nacer...

RAM. ¡Diantre!
Quizás tenga usted razon...

BLAS. Y tú, Dolores, ¿Qué haces?
No dices una palabra...
¿Qué tienes?

DOL. Pienso en mis padres.
(*D. Blas se levanta y se acerca á Dolores. Doña Rosa, que ve sola á Doña Ramona, la dice mientras sigue en su faena.*)

ROSA. Comadre, dispense usted...

RAM. Vaya... siga usted, comadre.

BLAS. Tambien yo he pensado en ellos. (*A Dolores.*)
Si les he rezado, sabe
que al par de Dios te bendicen
quizá en este mismo instante.
Ausentes los muertos son...
¡Espera hasta que te llamen!
Tus padres quisieron verte
en el cielo entre los ángeles,
y á conseguirlo de Dios
ellos partieron delante.
Mas dejemos estas cosas...
Alégrate... ven... abrázame...
Como á una hija te queremos
Rosa y yo...

DOL. ¡Querido padre!

BLAS. Ni tienes que agradecer
lo que acá por tí se hace;
que eso y mucho mas debemos,
—y asi el Señor se lo pague—
á la memoria bendita

de don Luis y doña Cármen.
Si logré ser escribano,
si pan tenemos que darte,
agradéceselo á ellos...
¿Qué era yo?... un simple pasante
de su oficio... ¡A los cuarenta
años escribiente!... ¡un nadie!
Una noche...

RAM. ¡Dios me valga!
¡La historia de siempre!

BLAS. Antes
de morir, me dijo: «¡Blas!...»
A todo esto, tu madre
ya habia muerto... Tú eras niña...
(Quedan hablando de pie: Doña Rosa se acerca á la chimenea.)

ROSA. ¡Ay, Jesus!... Hija... ¡tan tarde,
y mi Miguel no ha venido!

RAM. Ni don Gil...

ROSA. ¡Y está enfriándose
la cena!... ¡Ay!... ese muchacho
me va á achicharrar la sangre.
Figúrese usted, vecina,
que Blas le dijo al marcharse:
«ven á las diez»... y ya han dado!

RAM. Estará con la elegante
forastera... Don Gil dijo
que habia concierto...

ROSA. Es probable.
Yo estoy temblando... Me asustan
sus reyertas con su padre...
Ayer le faltó al respeto;
y Blas... si llego á tardarme
en acudir... ¡Virgen santa!
(Se oye un aldabonazo.)

BLAS. Llaman á la puerta...

DOL. Ya abren.

ESCENA II.

DICHOS, FERNANDO.

ROSA. Es Fernando.
FERN. Buenas noches.
(*Sacude la capa y la cuelga.*)
TODOS. Ruenas noches.
FERN. ¡Qué frio hace!
(*Se acerca á la chimenea. Busca las miradas de Dolores.*)
BLAS. Ya está aqui el hombre de bien...
(*A Dolores.*)
Repáralo... Ni de lance
se encuentra un mejor marido.
Yo te le destino. ¿Sabes?
¿Pero, qué? ¿no te sonries?
¡te callas! ¡No hay quien la saque
una palabra del cuerpo!
¿Por qué harán los comediantes
el *Sí de las Niñas*?... Yo
creo mas interesante
el silencio de las niñas...—
Oye tú, Fernando...
DOL. ¡Padre!...
¡Silencio, por Dios!
BLAS. No temas.
FERN. ¿Qué hay, don Blas? (*Acercándose.*)
BLAS. ¿Viste al alcalde?
FERN. No: pero he visto á don Gil...
y lo mismo da.
BLAS. ¿Pagaste?
FERN. Si, señor; onza tras onza
solté mis seis mil reales,
con lo cual ya soy paisano.
BLAS. Yo espero que esta vez tarden
mucho en reclamar la quinta.
FERN. Sáquenla cuando la saquen,
ya soy libre.
BLAS. ¡Vea usted
lo que es ser rico!

FERN. Pues palpe
Miguel lo que es ser dichoso...
¡sacar el doscientos!... ¡Diantre!

BLAS. Y sin embargo, es tan loca
su aficion á los viajes,
que al ver que no era soldado,
tuvo el humor de quejarse.

FERN. ¡Buen provecho!... Eso va en gustos.
Yo no dejaria esta calle
aunque me hiciera la suerte,
no soldado, comandante...
¡Bah! ¡Carmona es muy bonita!
Aquí hay de todo... aquí hay...

BLAS. ¡Cállate!...
(*Sonriéndose. Dolores va á la ventana.*)
Comprendo...

FERN. ¡Y luego me gusta
tanto escribir!... Esta tarde
entré un rato en el despacho,
é hice las copias, los partes,
¡cuanto vi sobre la mesa!

BLAS. ¡Eres una alhaja!... Dáme
esos cinco... ¡Buen Fernando,
yo sabré recompensarte!
¿Qué te parece? (*Ap. por Dolores.*)

FERN. ¡Un lucero!...
¿Pues no lo ve usted? ¡Un ángel!

BLAS. ¿Por qué el bribon de mi hijo
no es como tú?...

FERN. Miguel...
(*En tono de disculpa.*)

ROSA. (*Que atiende á la conversacion.*) (¡Ay!)

BLAS. Mientras él rompe calzado
hecho todo un paseante,
sin coger nunca la pluma,
ni pensar en ayudarme
á sostener la familia
y á costear sus futraques,
tú, que no eres nada mio...

FERN. ¿Y á usted qué le importa?

BLAS. Haces
mas que yo en la escribania...

y todo porque te sale
de adentro... yo no te he dicho...

FERN. ¡Eh! don Blas... ¡qué disparate!
Yo soy rico y vivo solo;
no me gusta pasearme,
ni padre ni madre tengo,
ni perrillo que me ladre;
hago lo que se me antoja
y quiero á ustedes... Mas, ¡calle!
allí sola mi vecina
y yo tan serio aquí helándome...
(*Por ocultar su emocion, vuelve la espalda bruscamente á D. Blas, y se acerca á la chimenea.*)
¡Hola, Ramoncita!

RAM. ¡Hola!

FERN. ¿Se pasó el enojo?

RAM. (*D. Blas habla con Dolores.*) Casi.

FERN. ¿Y don Gil? ¿Cómo esta noche
no está aquí acaramelándose?

RAM. No sé.

FERN. Pues yo sí lo sé.

RAM. Silencio... ó vuelvo á enojarme.

ROSA. Fernando ¿has visto á Miguel?

FERN. ¿Miguel?... ¡Buen caso me hace!
Esta tarde iba en el coche
de la condesa del Sauce...

RAM. ¡Siempre con la forastera!

FERN. Y pasó á lo personaje...
sin decirme «adios, ni abur,»
ni siquiera «Dios te guarde»
Ahora estará en el concierto...
y don Gil tambien:

RAM. (¡Infame!...
¡y me juró que no iria!)

FERN. Le encontré puesto de guantes
y corbatin de ballena...

DOL. ¡Ya está ahí Miguel! (*A la ventana.*)

FERN. ¡El arcángel!
(*Viendo que quien entra es D. Gil.*)

ESCENA III.

Dichos, D. Gil, *por el foro.*

Gil. Buenas noches... (*Se quita la capa.*)
Dol. ¡Ah! ¡no es él!
Rosa. ¡Ay, qué rato nos aguarda!
Defiéndele si se tarda. (*Ap. á Dolores.*)
Blas. Señor don Gil... ¿y Miguel?
Esperaba á ustedes juntos...
Gil. Yo... ¡con Miguel!... ¡ni á la gloria!
Blas. ¡Bueno! Tendremos historia.
Rosa. Como es noche de difuntos...
Gil. Si... si... ¡proteja usté al niño!...
¡cuando vengo avergonzado!...
Para él no hay nada sagrado,
ni honra, ni ley, ni cariño...
¡Es un hereje... es un vándalo!
Blas. Mas ¿qué ha pasado, don Gil?
Gil. ¡Me ha llamado zascandil
en plena reunion!
Ram. ¡Qué escándalo!
Vea usted los inconvenientes
de ir á ciertas reuniones...
Gil. Ramoncita, mil perdones...
pero mis antecedentes,
mi alta posicion social,
como abogado, censor
del teatro, regidor,
diputado provincial
y propietario... ¡usted vé!...
¿Quién pudiera imaginarse
que llegara asi á mofarse
de mí esa especie de... de...
de hereje... de volteriano?..
Si, señor, señor don Blas,
Miguel tiene á Satanás
en el cuerpo; es arriano,
protestante...
Blas. Mira... mira... (*A su mujer.*)
Rosa. ¿Él?

GIL. Lo que usted está oyendo.
Ayer le cogí leyendo
«Las ruinas de Palmira.»
Se las quise recoger
como censor... y ese ateo
esta noche me ha hecho un feo...

FERN. Mas ¿cómo? Vamos á ver... (*Con malicia.*)

GIL. ¡Nada!... Estaba hecho un poeta,
tocando... eso que ha inventado...

ROSA. ¿Los valses que ha dedicado
á don Emilio Arrieta?
¡Son muy bonitos!

GIL. Si... si...
mas yo creo al organista
de la catedral artista
de mas mérito, y asi
se lo dije á la condesa;
la condesa se irritó
contra mí; Miguel lo oyó,
y dijo: «materia es esa,
mi amigo señor don Gil,
que usted no entiende.»—«¡Abogado
soy!» repuse; y él picado,
gritó .. «¡usté es un zascandil!»
Yo veré en el Diccionario
que es lo que esto significa,
y ¡ay de él! ¡si calumnia implica
dicho tan estrafalario!

BLAS. ¡Oh! Descuide usted en mí...
¿Dónde vamos á parar?
¡Atreverse á denostar
á quien se respeta aqui...
á un amigo de la casa,
á quien le ha visto nacer...
¡Vaya, vaya!... es menester
que yo enmiende cuanto pasa!
Por no afligir á mi esposa,
fuí tolerante hasta hoy;
pero ya sabrá quien soy
ese danzante...

ROSA. ¡Blas!..

BLAS. ¡Rosa!..

Déjame tú en mis asuntos
siquiera por una vez...
Le dije: «Ven á las diez...»

ROSA. Como es noche de difuntos...

BLAS. No le defiendas, mujer;
no nos ama, pues no viene
á alegrarse de que tiene
padres que habrá de perder.
Él hoy por ese concierto
nos deja uraño y esquivo...
el que no me honra de vivo,
no me llorará de muerto.

RAM. ¡Cabales!.. ¡eso es hablar!..
Ese chico nos desprecia...
A mí me ha llamado necia...

GIL. ¡Y un dia le han de matar!
Ya no hay en la poblacion
muchacho que sea su amigo...

RAM. Pues las muchachas... ¡no digo!

FERN. Ante todo la razon.
Si los chicos no le quieren,
es porque él con su talento
logra cierto valimiento
y ellos de envidia se mueren:
ó porque ante alguna niña
los desdeñó en el salon,
ó les derrotó en cuestion
ó les dió palos en riña.
Y por lo demas, si quiebra
con solteras y casadas,
es porque estan humilladas
al ver que no las requiebra.
¿No es cierto, doña Ramona?

RAM. Si es pulla... no sé por qué...
Sin embargo, diré á usté,
que para andar en Carmona
tratando á todos de legos,
debia el hijo de don Blas
ser ó saber algo mas
que cantar como los ciegos.—
Comadre, usted me dispense.

GIL. Ramoncita dice bien;

y como ustedes no den
otro giro... y no se piense
en mañana... Él dice ya
que no ha de ser escribano,
y yo creo que el piano
de comer no le dará.

DOL. Dicen que en Madrid hay gentes
que viven y comen de eso...

GIL. ¡Ah! En Madrid... si... lo confieso...
mas son hombres diferentes...
¡Allí... figúrate... allí...
ya se ve!.. pero Miguel...
¿Quién le ha enseñado? ¿qué es él?
¡Allí... vaya! ¡pero aquí!..

FERN. Pues yo siempre he respetado
su ambicion; cuando le miro
me da lástima y le admiro...
¡Miguel es muy desgraciado!
Yo soy un ganso... es verdad,
y él me esquiva... mas por eso
mismo conozco y confieso
que es el rey de la ciudad.
Él no vive aquí en su esfera;
no goza en lo que gozamos;
es de otra manera... vamos...
¡Es como esa forastera!

RAM. ¡Justo! Como esa mujer
que le ha cogido en sus redes...
¡Buena está! Acuérdense ustedes...
¡Pero ella le va á perder!
Ya se ve... ¡como es condesa!
segun dice... Yo creo que
no hay tal cosa... Mire usté
como si hace caso de esa!
Ella finge que se asombra
de su genio musical,
y él, teniéndose por tal,
no la deja á sol ni á sombra.

GIL. Pues segun dice el lacayo,
ella es casada en Madrid.

ROSA. Ya está la cena... venid. (*Incomodada.*)

RAM. Si, vamos, yo me desmayo.

BLAS. Vamos, vamos á cenar.
Del niño... ya pensaremos. (*A D. Gil.*)
FERN. Espera, quiero que hablemos. (*A Dolores.*)
ROSA. ¿Vas á hacerte de rogar? (*A Fernando.*)
FERN. No: es que ya he hecho colacion...
ROSA. ¿Y tú?
DOL. Yo no tengo gana.
ROSA. ¡Jesus, que chica! Mañana
llamo al médico!
BLAS. ¡Aprension! (*A su mujer.*)
Deja... los enamorados...
ayunan para charlar.
GIL. Es que comen el manjar
de los bienaventurados.
(*Sin conseguir que doña Ramona acepte su brazo.—Salen por la derecha. Dolores queda sentada á la chimenea. Fernando, que no sabe por donde empezar la conversacion, permanece un rato silencioso.*)

ESCENA IV.

DOLORES, FERNANDO.

FERN. Dolores, ¡qué hermosa eres! (*De pronto.*)
¡Qué feliz soy!... ¿No has oido
el noticion? El abuelo
piensa en casarnos... ¡Dios mio!
¿No es esto un sueño? Habla... dime
que partes mi regocijo.
No sé por qué no me basta
que don Blas me lo haya dicho.
Yo no merezco esa gloria,
aunque por ella suspiro.
¡Dime que es verdad!
DOL. Fernando...
FERN. ¿Nada mas? ¡Siempre lo mismo!
Calla que te calla... Ten
franqueza al menos conmigo.
Ya sé que eres reservada,
que jamás abres el pico
para decir... blanco ó negro...

por eso solo te pido
una palabra. Di «si.»

DOL. ¿Para qué?

FERN. ¡Oh! para oirlo
á todas horas, creerlo,
recordarlo en cualquier sitio
y vivir de una esperanza.
Mira... luego, cuando escribo
en el despacho... allí, solo,
pensando en tí, necesíto
algo que me haga compaña
y me dé fuerza; un estímulo
para el trabajo; un consuelo...
si aquel dia no te he visto.

DOL. ¡Eres muy bueno, Fernando!

FERN. ¿Y me quieres?

DOL. ¡Anda!

FERN. Dímelo.

DOL. ¿Qué sabes tú si me amas?
Fernando, eso es un capricho.
¡Bien se conoce que tú
á ese concierto no has ido
ni tratas á la condesa!
Si fueras...

FERN. ¿Qué?

DOL. Tú... lo mismo
que Miguel... despreciarias
á las lugareñas... fio
tu amor al tiempo: lo pronto
que trates á una de titulo
y coche... á una de Madrid,
ya verás, querido amigo,
como te parezco tonta,
fea, pobre y sin aliño.

FERN. Dolores, deja las chanzas:
ponme una cuarta de hocico
si no te gusto... yo sé
que soy de tu amor indigno,
y sabré tener paciencia
como hasta aqui la he tenido.
Si me quieres, y te agrada
ocultarme tu cariño,

aguántatelo, Dolores...
¡pero no dudes del mio!
Seis años ha que te veo,
que en silencio te bendigo,
que despierto te idolatro
y que te sueño dormido.
Primero sin esperanza
te amé; pensaba que el hijo
de don Blas te pretendia...
En el pueblo se habia dicho
que Miguel y tú pensabais
en casaros...

DOL. ¿Yo? ¡Dios mio! (*Sobresaltada.*)
¿Y quién te ha inventado eso?
(*Reponiéndose.*)
Te juro que no hay motivo...
Él quiere hoy á la condesa,
y yo lo sé... ¡Conque digo!
ya ves tú...

FERN. Si... ¡era mentira!
don Blas despues me lo dijo,
y al saberlo creí morirme
de alegría. Este cariño
será mi vida ó mi muerte.
¿Te acuerdas del tabardillo
que pasé hace dos veranos?
Pues fué de callar... lo mismo
que tú callas... Me dijeron
que tenias compromiso
con don Gil, y yo... ¡Caramba!
¡Si llamas á esto capricho,
en lugar de corazon
tienes en el pecho un risco!

DOL. Bien está: dáme la mano...
Voy á ser franca contigo:
mas nunca sepa don Blas
lo que á mi pesar te fio...

FERN. ¡Ah! cállate...

DOL. Bien.

FERN. No... ¡habla!

DOL. Oye... pues tú lo has querido.—
Yo quiero amarte... yo sé

que lo mereces... ¡lo ansío!...
y dia y noche en tí pienso,
y «ámale» al alma le grito;
mas ¡ay! no siembres en ella
del bien el precioso trigo,
¡que mi alma es un desierto
seco y desagradecido!

FERN. ¡No me amas!

DOL. No me entiendes...
No es eso...

FERN. ¿Pues qué?

DOL. Eso mismo...
pero otra cosa... Verás:
yo te aprecio; yo te estimo,
y si hubiera de casarme,
me casaria contigo.
Esto no es no amarte á tí...
es... no amar... y no concibo
que se pretenda obligarme
á ser otra ó á fingirlo.

FERN. Pues entonces...

DOL. Con no hablar
todo estaba concluido...
Me has acosado á preguntas,
y yo la verdad te he dicho.

FERN. Conque...

DOL. Estamos como antes.

FERN. ¿Seguimos comprometidos?
(*Dolores inmóvil.*)
¡Callas!

DOL. ¡Déjalo! Callando
me casaré si es preciso...
pero indigna de tu amor;
que no tú indigno del mio.

FERN. ¡Malo!... ¡malo!... No, Dolores....
Tú me engañas... Yo concibo
que no me ames... Lo veo...
¡lo lloro!... pero no admito
eso de que eres ingrata
y perversa. ¡Ni es granizo
tu corazon, ni tus ojos
engañaron á los mios!

¡Tú amas, tú sientes, tú esperas!
DOL. ¡Calla!.. no todo es lo mismo. (*Turbada.*)
FERN. Pero amas...
DOL. ¡Qué locura! (*Repuesta.*)
FERN. Te has puesto encarnada.
DOL. El frio...
FERN. A tu edad y con tus ojos
no hay un corazon tranquilo;
morena de quince años,
la que no quiere, ha querido.—
Conque asi no me lo niegues.
DOL. ¡Qué empeño!
FERN. ¿A quién amas? Dilo.
DOL. No amo á nadie... me amo yo...
quizás amo al amor mismo...
las horas del porvenir...
un pájaro peregrino...
¿qué sé yo? Vamos, Fernando;
tu rival es un delirio...
Niña soy... de humo y de viento
me he forjado un remolino;
mas descuida, que al tocarle,
con mis manos lo disipo.
FERN. ¡Tú amas á Miguel! (*Con fé.*)
DOL. ¡Le odio! (*Desconcertada.*)
FERN. Nada... ¡es él!
DOL. ¡Vuelta al principio!
(*Riendo trabajosamente.*)
FERN. No lo niegues. (*Se oye un aldabonazo.*)
DOL. Han llamado...
Él es... calla!..
FERN. ¡Estoy lucido!

ESCENA V.

DICHOS, MIGUEL *elegantemente vestido.*

MIG. ¡Quietos!.. ¡quietos! ¡Qué demonio!
Os amais... ¡Lo sospeché!
¡Amaos mucho!.. Yo creo que
hareis muy buen matrimonio.
¡Pícara... y me lo callabas!

DOL. ¡No estés tan serio, Fernando!
(*Cogiendo el brazo de Fernando y sonriéndole dulcemente.*)
FERN. (¡Delante de él!..)
MIG. Conque... ¿cuándo?
DOL. Me marcharé si no acabas.
MIG. ¿Te picas?
DOL. No... voy adentro.
MIG. ¿Y mi padre... se ha acostado?
DOL. No, y está muy enfadado.
MIG. ¡Dichosamente me encuentro
con feliz disposicion
para armarla de una vez!
¿Sabeis si han dado las diez?
DOL. Y las once. (*Yéndose.*)
MIG. ¡La ocasion
es calva!

ESCENA VI.

MIGUEL, FERNANDO *todavia preocupado.*

MIG. Me alegro mucho
de que se vaya Dolores;
pues tambien de mis amores
tengo que hablarte.
FERN. Ya escucho.
(*Con vivísima atencion.*)
MIG. Fernando... ¿cómo decirte
para que me entiendas?... Vamos...
¡yo necesito un amigo!
FERN. ¡Miguel! (*Reconviniéndole.*)
MIG. Ya lo sé... tu mano
es fuerte y leal. Recuerdo
que hay un secreto de hermanos
entre nosotros... Tú fuiste
el que me salvó hace un año
la vida, cuando el fastidio
y el pesar me aconsejaron
suicidarme...
FERN. ¡Calla!... mira...
MIG. Nadie escucha... Estan cenando.

¡Oh!... ¿por qué no me dejaste
morir? ¡Soy mas desgraciado
que nunca! Fernando, entonces
mi dolor era el cansancio,
el ocio, la soledad,
el pensamiento tirano.
¡Hoy es la pasion, la fiebre,
la impotencia! ¡Oh, Dios, qué rato
vengo de pasar! Si amas,
me comprenderás, Fernando.
La condesa, esa mujer,
esa diosa que idolatro
desde que vino há tres meses...
(*Movimiento de júbilo en Fernando.*)
estaba junto al piano
mirándome, y me decia
con sus ojos: «Yo te amo...
«Tú eres un genio... Allí está
Madrid... allí los teatros...
la gloria de los artistas...
ven, sacude ese marasmo...
deja esa vil existencia...
tiende al cielo el vuelo raudo;
que si no puedes volar,
yo te llevaré en mis brazos!»

FERN. Me parece estarla viendo...
¡Pintas las cosas tan claro!...

MIG. Si... eso decian sus ojos,
eso decian sus labios,
y eso me decia el alma
al escuchar los aplausos.
Mira... allí estaba el alcalde,
el juez, el conde de Vasco,
¡lo mejor de la ciudad!
Yo no sentia las manos
sobre las teclas... Tocaba
á la par improvisando,
y una música del cielo
del salon llenaba el ámbito.
Ya no me roia el alma
aquel dolor solitario
que me envejeció de niño,

que me llevaba á los campos
á llorar y á maldecir
y puso un dia en mis manos
la pistola del suicida...
Ya era dichoso mirando
á la humanidad entera
alrededor del piano;
ya me parecia el mundo
un inmenso anfiteatro
hecho para verme á mí
y á la condesa á mi lado!

FERN. ¡Ah! ¡Respiro! (*Restregándose las manos.*)

MIG. ¡Y era un sueño!...

FER. ¡Toma!... ¿Conque era soñando?... (*Triste.*)

MIG. ¡Oh! ¡Si tú no eres mi amigo...
ya te lo he dicho, me mato!

FERN. Bueno... dime ¿qué te ocurre?...
¿Qué te ha sucedido?

MIG. Estabamos
todos asi, cuando oimos
el galope de un caballo
en el patio de una casa:
era un posta: era un criado
de la condesa... Su esposo
el conde está agonizando
en Madrid, y ella esta noche
se va en el correo... «Vámonos»
me dijeron sus miradas...
y yo... yo desesperado,
le dije: «Elena, te adoro...
espérame... ¡te acompaño!...»

FERN. ¡Miguel!... (*Asustado.*)

MIG. ¡Y antes moriria
que retroceder un paso!
Si mi padre no me deja,
quiere decir que me escapo;
y si no me das dinero,
ya te lo he dicho, ¡me mato!

FERN. (¡Y lo hará como lo dice!...
¡que si no es por mi!...)

MIG. Fernando,
no te asustes, entre amigos

el dinero es muy sagrado.
Hablemos con calma... dime:
¿quisieras ser escribano?

FERN. ¡Oh! ¡Si!

MIG. Yo soy hijo único,
y heredero por lo tanto
del oficio de mi padre:
yo te lo vendo.

FERN. ¿Qué?

MIG. Acabo.
Bien te consta que aborrezco
esa carrera. Tú, en cambio,
sabes de memoria el *Zuñiga*,
y vives en el despacho.
Cuando se muera mi padre,
te recibes; yo te mando
una escritura de venta,
y trato hecho... En todo caso
esto es un secreto.

FERN. Aguarda.
(Siendo un secreto ¿qué hago?
¡Pero y si le quiere Lola
y cree que yo le he inclinado!...)

MIG. Mira, no lo pienses mas:
¡de todos modos me marcho!

FERN. No es eso... pero tú aqui...

MIG. Yo aqui...

FERN. Es decir... supongamos...
Miguel, ¿amas tú á Dolores? (*De pronto.*)

MIG. ¿Yo? ¿Qué?

FERN. No... nada.

MIG. ¡Acabáramos!
¡Tienes celos!... Será que ella
me mirará demasiado...

FERN. No digo yo...

MIG. Si, recuerdo...

FERN. ¿Qué recuerdas?

MIG. ¡Es extraño!

FERN. Yo no he dicho...

MIG. ¡Quién creyera...
Me ama Dolores!.. Fernando,
razon demas para que

me dejes ir; yo no amo
á Dolores, ni querria
ser la causa de tu llanto.

FERN. ¡Oh! ¿no la quieres? ¿lo juras?
¿Nunca la querrás?

MIG. ¡Qué diablo
he de quererla! Descuida.
¡Siempre me creí su hermano,
y no el hermano mas tierno!
¡Vaya! medrados estamos...
¡Conque esa chica es mujer!
No lo habia reparado.—
Dame veinte mil reales
y quedas dueño del campo.

FERN. ¡Hombre!... ¡mil duros!

MIG. ¿Los tienes?

FERN. Mil duros... puedo buscarlos.

MIG. ¿Ó es que te parece mucho?
Sabe que es el precio exacto
de la escribania.

FERN. Ya
lo sé.

MIG. Pues entonces, vamos..
¿Me los das?

FERN. Bien...

MIG. ¡Gracias! ¡gracias!

FERN. Yo no soy rico; yo labro
tierras agenas; de modo
que al admitir ese trato...

MIG. Ya lo sé.. todo lo arriesgas...
cambias de oficio... ¡está claro!
Cuenta con la escribania.
¿Quieres un recibo?

FERN. Hermano...
no es eso... Es que la conciencia
me remuerde... En fin; quedamos
conformes. ¿A qué hora?

MIG Al instante.
El correo se va á las cuatro.

FERN. Pues voy á mi casa y vuelvo;
habla á tu padre entre tanto.

MIG. Pero no sobre esta venta...

FERN. ¡Oh! no... Esto es un arcano.
MIG. Hablaré á Lola tambien...
la diré que eres muy guapo,
que te quiera... que la odio...
en fin, no tardes.
FERN. No tardo.
(Se va por el foro.)
MIG ¡Dos veces me da la vida...
y eso que le he despreciado!...
Quizás vale mas que yo...
¡Dios mio! ¿Seré yo ingrato?

ESCENA VII.

DOLORES, MIGUEL. *Dolores sale por la derecha, y al verse sola con Miguel se detiene turbada.*

DOL. ¿Y Fernando?
MIG. Se marchó.
(Y es linda!... Le busca é él
ó á mí?...) ¿Te vas?
DOL. Si, Miguel:
voy á acostarme.
MIG. No... no...
espera... Fernando dijo
que volveria...
DOL. *(Con alegria irónica.)*
¡Ah!... ¿Si?
MIG. Si.
DOL. Entonces le espero allí. *(Insiste en irse.)*
MIG. ¿Estas picada?
DOL. No, hijo.
¿Por qué?
MIG. Por lo de hace poco...
por mi enhorabuena...
DOL. ¿Cuándo?
MIG. Cuando hablabas con Fernando.
DOL. ¡Jesus, Miguel!... ¿Estás loco?
¿Cómo he de picarme yo
porque te parezca bien
un enlace que tambien
tu padre ha poco aceptó?

MIG. ¡Ah!... si... (Pues tiene talento
para defenderse.) Lola...
Me alegro de hallarte sola:
he ofrecido hace un momento
á Fernando, interceder
por su pasion: él se queja
de tu desvio...

DOL. Bien... deja
la broma...

MIG. Es formal, mujer.

DOL. ¡Eh!... ¿Cómo ha de ser formal,
si te consta que le quiero?

MIG. Pero...

DOL. Nada mas: no hay pero.—
¿Y la condesa? ¿qué tal?

MIG. (Esto es ya desafiarme...
pues yo he de hacer que confiese...)

DOL. Vamos... ¿Qué misterio es ese?

MIG. Nada... Es que pienso marcharme
y queria despedirme
de tí.

DOL. (*Sofocando su emocion.*)
¡Vuelta á la mania!
No extrañes ya que me ria...

MIG. Veo con gusto que eres firme...

DOL. (Ese tonto de Fernando
le ha dicho alguna sandez.)

MIG. Pero, mira, que esta vez
me voy de veras. (*Espiando su rostro.*)

DOL. (*Con serenidad.*)
¿Y cuándo?

MIG. Mañana al romper el alba.

DOL. ¿Sin dinero?

MIG. Me lo da
tu futuro esposo.

DOL. (*Se le escapa un gesto de despecho.*)
¡Ah!... ya!..

MIG. (La he de ver como una malva...)
Me marcho con la condesa...

DOL. ¿Dónde? (*Tranquila.*)

MIG. A Madrid.

DOL. ¿Y serás

dichoso? ¿No pensarás
ya en matarte? (*Se rie.*)

MIG. ¡Lola... cesa!... (*Ofendido.*)
Deja ese tono cruel...
di que sientes mi partida...
Yo sé...

DOL. ¿Qué sabes?

MIG. ¡Mi vida!

DOL. ¿Qué dices?

MIG. ¿Me amas?

DOL. ¡Miguel!...
¡Respeta á Fernando! Yo
soy su novia... y no te pesa...
tú quieres á la condesa...
ella te ama... y se acabó!

MIG. (¡Oh! Fernando me ha mentido!)

DOL. (*Viendo su furia.*)
(Todo es humo y vanidad!)

MIG. (¡Maldita curiosidad!)

DOL. (¡Hola!... ¡estaba consentido!)

MIG. Pues bien, Dolores; adios...

DOL. Adios.

MIG. (¡Oh! no me detiene!)

DOL. (¡Qué alma tan torcida tiene!)

MIG. (¡Me ha burlado, voto á brios!)
Dolores, no seas asi...
Detenme tú.

DOL. No lo esperes.

MIG. Yo me quedaré.—¿Me quieres?

DOL. ¿Por qué? ¿Me quieres tú á mí?

MIG. ¡Te idolatro!

DOL. ¡Pobre niño!
¡Oh! ¡qué bien te han retratado!
Para tí nada hay sagrado,
ni honra, ni fé, ni cariño.
Al amor y á la mujer
con esa mentira hieres;
porque ni tú á mí me quieres,
ni sabes lo que es querer.

MIG. Dolores....

DOL. No, no me amas;
ni amarme puedes; ni yo

quiero que me ames... ¡Oh!
Solo al decirlo me infamas!

MIG. Te juro...

DOL. Me odias acaso,
Miguel; pues que sin deseo
ni amor, vienes por recreo
á deshojarme á tu paso?
¿Ni cómo amarme podrias,
si en nada nos parecemos,
y estan en los dos extremos
tú ideas y las mias?
Tú amas la gran sociedad,
la gloria, el mundo, el ruido...
Yo amo la paz y el olvido
de mi quieta soledad.
Lo que llaman tu talento,
para mí es tu mayor falta...
tu cabeza está muy alta
y yo no vivo en el viento.
Si te quisiera... tendria
celos... hasta de tu fama,
y á ese mundo que te llama,
celosa te robaria.
Y tú á vegetar aqui
no pudieras resignarte,
sin luz, sin gloria, sin arte,
con una mujer asi.
Yo no sé lo que tú vales,
ni admiro lo que compones,
sino que creo ilusiones
tus esperanzas fatales.
(*Movimiento de disgusto en Miguel.*)
¿Lo ves como no me quieres?
¿Qué habiamos de hacer los dos,
yo... asi... á la buena de Dios,
y tú que tan grande eres?

MIG. ¡Lola!... ¡Te burlas de mí!...
Pronto te has hecho coqueta...
Tú me amas...

OL. ¡Qué poeta!
(*Riendo violentamente.*)
¡Qué loco!

MIG. Tú me amas, sí!... (*con ira.*)
(*Aparece D. Blas en la puerta de la derecha.*)
DOL. ¡Basta ya! Sabes que yo (*Con enojo.*)
tengo novio... y no te pesa;
tú quieres á la condesa;
ella te ama... y se acabó!
(*Da un paso para irse. Miguel quiere detenerla y ve á su padre.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. BLAS

MIG. ¡Mi padre!
BLAS. ¡Asi no lo fuera!
¡Odiarte pudiera asi!—
¡Ni ella está libre de tí!—
Miguel, eres una fiera.
Lo que acabo de escuchar
me da bien claro á entender
que has nacido para ser
el demonio de mi hogar.
(*Coge á Dolores de la mano y se la pone delante.*)
Sus padres me la legaron,
y afanado la crié;
y ni aun asi les pagué
la merced que me otorgaron.
Pensaba hacerla tu esposa;
mas tú, que al bien no naciste,
jamás atencion pusiste
en flor tan pura y hermosa.
De uno en otro amor liviano
discurrió tu planta impia,
mientras aqui me pedia
un hombre de bien su mano.
Felices merecen ser,
y hacerles felices quiero...
¡Se aman!
MIG. (¡Se aman!)
DOL. Pero...
BLAS. No le defiendas, mujer.

Ven... requiérela de amores...
(*Con amargura.*)
Házla tambien desgraciada...
Dile...

MIG. Yo no diré nada. (*Con altaneria.*)

BLAS. ¡Hola!...— Déjanos, Dolores.

ESCENA IX.

D. BLAS, MIGUEL. *Quedan solos: D. Blas hace un esfuerzo y se acerca dulcemente á Miguel.*

BLAS. ¡Oh... no armes el entrecejo
con insolente desvio...
¡Válgame Dios, hijo mio,
cuánto afliges á este viejo!
Ven á mí... como venias
cuando, mas débil y niño,
fuerza, consejo y cariño
á tu padre le pedias:
cuando mas débil que yo
y tambien mas ignorante,
no sabias lo bastante
para despreciarme...

MIG. ¡Oh!...

BLAS. Ven... y al hallarme enojado,
desarma mi justa ira...
no la desafies... ¡mira,
Miguel, que estoy humillado!
No me ames, aunque muera;
no admires como otras veces
lo que hoy llamas mis... chocheces;
pero ¡témeme siquiera!

MIG. Hable usted. (*Confundido.*)

BLAS. Sufro, hijo mio,
el pesar y la zozobra
del que consagra á una obra
su inteligencia y su brio,
su esperanza y su ventura,
toda su vida y amor,
y se encuentra á lo mejor
descontento de su hechura.

MIG. ¿Qué mas? (*Impaciente.*)
BLAS. ¡Por última vez (*Dominándose.*)
diré mas!... Demos que no eres
mi hijo... pues serio no quieres
en tu insensata altivez.
Miguel, ¿quieres ser mi amigo?
¿quieres ser mi hermano?
MIG. Quiero...
(*Conmovido.*)
BLAS. ¿Quieres ser mi compañero
y vivir siempre conmigo?
MIG. ¿Qué me va usté á proponer?
BLAS. Que dejes ya tu manía,
y entres en la escribanía
á ganar para comer;
que no vivas en la holganza;
que olvides tus devaneos,
y limites tus deseos
á lo que tu fuerza alcanza.
Que de mis hombros cansados
de trabajar por criarte,
quites al menos en parte
el peso de los cuidados:
que pienses que he de morir
y que tu madre y tú hermana
quedarán solas mañana
enfrente del porvenir.
Esto, Miguel... sin que llores—
pues te ruego y no te obligo—
esto te pide un amigo...
que te ha hecho algunos favores.
MIG. ¡Oh, padre!... ¿Por qué nací?
Si fué un favor la existencia...
¡gracias!...
BLAS. Esa irreverencia,
Miguel, es propia de tí.
MIG. Padre... ¡soy tan desgraciado!
yo conozco la virtud,
comprendo la ingratitud,
sé que soy un descastado;
me aborrezco, me maldigo,
y me quisiera matar...

¡pero no puedo agradar
ni á mi padre ni á mi amigo!
BLAS. No quieres... no es que no puedes.
MIG. Es que no puedo. Es que el alma
halla aqui lucha en la calma...
¿Por qué no soy como ustedes?
Si jamás hablo en la mesa,
si evito á ustedes, ¡ay!.. es
porque su amor, su interés,
su vista.... ¡todo me pesa!
Salgo al campo, y ya les quiero...
Me ausento... y mas les adoro...
Vengo... y me enojan, y lloro...
y les detesto... y me muero!...
La casa odio en que nací,
el pueblo en que me crié,
la gente que aqui traté,
los años que pasé aqui.
Creo á veces que no he nacido,
á veces que he muerto ya...
y es que muerta el alma está
para el placer conocido.
Es que mi anhelo vehemente
no cabe en este rincon,
y aire pide el corazon
que se asfixia en este ambiente.
Cuando al trasponer el dia
veo los últimos reflejos
del crepúsculo... á lo lejos...
sobre la tierra sombria,
«alli... digo: hay otros hombres,
otro mundo, otros placeres...»
y finjo ideales seres
é historias, sitios y nombres.
Peligros, dolores... gozo...
teatros... luces... estruendo...
todo, todo lo estoy viendo
desde oscuro calabozo.
Y esas creaciones me llaman,
ó con desprecio me miran...—
¡Hay hombres que no me admiran...
mujeres que no me aman!

¡Si do acaba el horizonte
vuestro mundo acaba, allí
principia mi mundo! Sí;
tras un monte hay otro monte,
y treparlos, y cansarse...
y reventar... y morir...
¡eso, padre, eso es vivir,
y vivir sin fastidiarse!
Proporcionado á la vida
hizo este planeta Dios,
y un buen espacio á los dos
dió para verse de huida:
¿qué diré, pues, del que encierra
en un rincon vida y nombre?—
¡Sin que la reduzca el hombre,
harto mezquina es la tierra!

BLAS. Calla... ó creeré que te agita
un espíritu infernal...
¡Oh!... sí, tú nos quieres mal
y es tu conciencia quien grita.
Desde que osaste, Miguel,
creerte mas grande que yo,
pecaste como pecó
al rebelarse Luzbel.
Lo que tú llamas deseo,
el cielo estima pecado;
tú te dices desgraciado,
y el Señor te juzga reo.
¿Te ries?... ¡Ya se me alcanza
por qué!... ¡No crees en el cielo!...
¡Necio, que busca consuelo
cuando no tiene esperanza!
Perdiste la religion
y anhelas poseer la tierra...
¡Oh! por eso vive en guerra
toda tu generacion.
«No hay cielo... no hay otro mundo
que el de aquí...» dices blasfemo,
y el mundo de extremo á extremo
quieres correr vagabundo.
Y estrecho lo encontraria
tu ambicion ó tu locura...

porque esa sed de ventura,
no es sed, es hidropesia.

MIG. Llámelo usted como quiera...
ello es que me muero aquí!
¿Qué hacer?

BLAS. ¡Someterte á mí!

MIG. ¡Eso es decir que me muera!

BLAS. ¿Me he muerto yo?

MIG. ¿Y usted quiere
comparar su alma á la mia?
Yo nazco á la luz del dia,
usted en la noche muere.
Hoy el espíritu humano
libre al cielo el vuelo toma...
Mi siglo es blanca paloma
y el de usted negro gusano.
De paz y fraternidad
nos buscamos en el nombre...
porque el hombre no es el hombre,
el hombre es la humanidad.

BLAS. ¡Me asombras!... Asi mañana
no habrá familias...

MIG. Si habrá...
pero una sola... y será
la grande familia humana!

BLAS. ¡La familia humana! ¡Oh, gloria!
¡Ya sé que vive en la tierra,
y en los partes de la guerra
leí esta tarde su historia!
¡La familia humana!... En pos
de ella la vuestra dejais,
y una sociedad formais
huérfana de padre y Dios.

MIG. ¿Qué sabe usted dónde van
siglos y generaciones?
Ya no hay razas ni naciones
en la familia de Adan.
Ya no oculta el Occeano
mundos á nuestra ignorancia,
ni espantable la distancia
divide al género humano.
Ya no hay fronteras ni mares

ni se huyen cristiano y moro;
que en pos de gloria y de oro
todos dejaron sus lares.
Y mientras asi se agita
todo con afan profundo,
y le da vueltas al mundo
el arte cosmopolita,
¿he de limitar mi gloria
á dar un giro diario
en torno de un campanario
como una mula de noria?
¿He de ser como la encina
que donde nace vegeta?
¿Y el alma? Y la mente inquieta?
¿Y la inspiracion divina?
¿He de inmolarla tambien
al lugar donde nací,
donde solo recibí
duda, sarcasmo y desden?
¿Puede usted robar al arte
el genio con que ha nacido
y enterrar en el olvido
lo que ya es de todos parte?—
¡Oh!... morir antes consiento!

BLAS. ¡Alma desagradecida!

MIG. ¡Si usted me ha dado la vida,
Dios me ha dado mi talento!

BLAS. ¡Calla! (*Furioso.*)

MIG. Es...

BLAS. ¡Que calles! Ya oí
lo bastante... Yo no entiendo
de arte y gloria, mas comprendo
que eres un malvado... ¡si!...
¡Eres un ingrato!... ¡Eres
un mal hijo!... Divertirte
sin trabajar y lucirte
con mi sudor... eso quieres!...
Pues te engañas. Desde hoy
harás lo que yo te mande;
que si naciste hombre grande,
yo... que tan gusano soy...
debo á la naturaleza

y á Dios el mandar en tí.

MIG. ¡Mandar!

BLAS. Eso dije, si;
ó soy ó no soy cabeza
de la familia...

MIG. ¡Oh! de fijo
saldrá usted al fin y al cabo
conque un hijo es un esclavo...
pues bien... ¡no quiero ser hijo!

BLAS. A lo menos piense usted
que soy amo de mi casa.

MIG. Pues yo á mi soldada escasa
renuncio.—No comeré.
Que amor tan utilitario
como el de usted, padre mio,
mata mi libre albedrio
y se convierte en salario.

BLAS. ¡Monstruo! ¿Por qué te di vida?

MIG. Usted lo sabrá.

BLAS. ¿Por qué
te dirigí, te crié,
te di alimento y guarida?

MIG. ¡Dios lo dispuso! (*Sarcásticamente.*)

BLAS. A los dos
nos hiere tu desacato..
¡Siempre es con su padre ingrato
el que es ingrato con Dios!

MIG. ¡Basta! (*Cogiendo el sombrero.*)

BLAS. ¡Si, que allá en el cielo
mi padre tiembla al oirte
y saltan á maldecirte
las cenizas de tu abuelo!

MIG. Me voy...

BLAS. No cuentes conmigo.

MIG. Me basto yo solo.

BLAS. Espera...
Piensa siempre y donde quiera,
Miguel, que no te bendigo.
(*Entra por la derecha, dando con toda la familia que sale.*)

ESCENA X

DICHOS, DOÑA ROSA, DOLORES, D. GIL, DOÑA RAMONA.

ROSA. Blas, ¿qué esto?
BLAS. ¡Rosa mia! (*Abrazándola.*)
¡No nos ama... huyamos de él!
MIG. Yo soy quien huye...
ROSA. ¡Miguel!
(*Yendo á sus brazos.*)
MIG. ¡Madre!.. (Otra nueva agonia!) (*Duda.*)
ROSA. ¡Hijo del alma! ¿Te vas?
GIL. ¡Mira á esos dos pobres viejos,
hijo ingrato!
MIG. ¿Son consejos
ó insultos?
RAM. ¡Oh!.. Satanás... (*Retrocediendo.*)
MIG. ¡Cuidado conmigo!.. ¡Madre,
todos me insultan... y á fé
que á nadie toleraré
lo que toleré á mi padre!
RAM. Huyamos de ese furioso...
(*Tirando de D. Gil.*)
BLAS. ¡Tú si que eres hija mia!
(*A Dolores, que le contiene.*)
ROSA. ¡Ven, por la virgen Maria!
(*A Miguel que insiste en irse.*)
GIL. Deje usted á ese orgulloso
que se vaya á mendigar...
MIG. ¡Cállese el viejo ignorante,
oráculo petulante
de los necios del lugar!
GIL. ¿A mí?.. (*Soberbio.*)
MIG. ¡Si! (*Amenazándole.*)
BLAS. (*Cogiendo una silla.*) Deja le mato...
MIG. ¡Máteme usted!
ROSA. ¡Blas!..
TODOS. ¡Don Blas!
(*Todos le cercan, le quitan la silla, y le llevan por la derecha.*)
BLAS. ¡Oh! ¡para siempre jamás (*Desde la puerta.*)

te desconozco, hijo ingrato!

ESCENA XI.

DOLORES, MIGUEL, *luego* FERNANDO. *Dolores queda acechando en la puerta del fondo. Miguel anonadado. Pausa.*

MIG. ¡Oh! ¡ya estoy solo! ¿qué espero?
(Levantando la cabeza.)
¡Ah! ¡la condesa me aguarda!...
(Con delirio.)
¡A Madrid!... ¡Cuánto se tarda
Fernando con el dinero!

FERN. Dolores, ¿está Miguel?
(Entra con un saquito en la mano.)

MIG. ¡Ah!... dáme... *(Volviéndose.)*

DOL. No... dámelo á mí.
(Interponiéndose, lo toma.)
Tu porvenir está aquí. *(A Miguel.)*
¿Puedo quedarme con él?

MIG. Dolores...

DOL. No tiembles, necio...—
Dáme la mano, Fernando.—
(Se apoya en su hombro.)
La condesa está esperando...
¡Toma, Miguel, te desprecio!
(Le arroja el dinero.)

MIG. ¡Ah!... juntos... aqui... los dos...
y yo... *(Se conmueve al verlos unidos.)*
¡El mundo entero es mio!
(Recoge el dinero.)
Lola... Fernando... ¡Qué frio!
(No le dan la mano. Mirando á los muebles, y á la puerta derecha.)
¡Padre!... ¡Madre!.. ¡Adios! ¡Adios!
(Sale por el foro. Dolores le sigue con la vista. Al verle salir, da un paso para detenerle. Fernando la reconviene con una mirada severa.)

FERN. ¡Lola!...

DOL. Fernando... ¡¡Se va!!

(*Da un grito desgarrador, y cae sin sentido en los brazos de Fernando.*)

ESCENA XII.

DICHOS, D. BLAS, DOÑA ROSA, D. GIL, DOÑA RAMONA *que acuden al grito de Lola.*

GIL. }
RAM. } ¿Qué?

BLAS. ¡Dolores! (*Viéndola desmayada.*)

ROSA. ¿Y Miguel?

FERN. Partió... (*Enojado.*)

ROSA. ¡Dios vaya con él!
(*Abrazando á Doña Ramona para no caer.*)

BLAS. ¡No!... ¡si; que es huérfano ya!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio de columnas. A la izquierda un arco y los primeros peldaños de una escalera. A la derecha la puerta del despacho de D. Blas. En el fondo una cancela de hierro, el portal y la calle. En los cenadores sillas y una mesa. Deben ser los mismos muebles del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

Dolores, Fernando. *Dolores está sentada á la izquierda bordando una pechera en un tambor. Fernando sale del despacho con una pluma en la mano*

Fern. ¡Chist!... Dolores...
Dol. ¡Ah!... Fernando...
Fern. ¿Sola?
Dol. Si...
Fern. ¿No duermes siesta?
Dol. No tengo sueño.
Fern. ¿Hace mucho
que estás?
Dol. A las tres y media
bajé...
Fern. ¡Bah! ¡Y yo sin saberlo!
Dol. Hoy ha sido la tarea
muy larga.

FERN. ¡Diantre! y aun no
he concluido esas cuentas
de los diablos.—¿Y tú, qué haces?

DOL. Nada... no mires... (*Soltando el tambor.*)

FERN. ¡Ah! deja...

DOL. Asi que esté concluida...

FERN. ¡Ah!... ¡Bordas una pechera! (*Viéndolo.*)
¿Es para... don Blas?

DOL. No: es...
para tí.

FERN. ¡Lola!... ¡Qué buena
eres!

DOL. ¡Mire usted quien habla!

FERN. ¿A qué viene esta fineza?
Yo sé, sin necesidad
de obsequios, que tú... me aprecias.

DOL. ¡Bien! la desairas...

FERN. No, hija,
que la estimo muy de veras,
y la... ¡Hoy hace un calor
terrible!... ¡Va á haber tormenta!—
¡Ah!... pero se me olvidaba...
Dolores... me da vergüenza
de lo que voy á decirte.

DOL. ¿Qué?

FERN. Vamos... es que la venta
del trigo que me quedaba...
como ha bajado... no llega...

DOL. Bien, bien. (*Confusa.*)

FERN. ¡Vaya, no te aflijas
como de costumbre! Estas
cosas se hablan...

DOL. ¡Qué ángel
eres!

FERN. ¡Mejor!

DOL. Si esa herencia
que yo aguardo me faltara...

FERN. ¡Eh! ¡No seas tan soberbia!
¿Qué? ¿No me pagarias?
¡Como si algo me debieras!
¡Qué tonta eres! Aqui hay (*Los saca.*)
mil reales: yo quisiera

darte los setenta duros:
pero, hija, ten paciencia.
(*Se los echa en la falda y se pone á mirar al techo.*)
¡Mira, mira que hambre tienen
las golondrinas! ¡Qué gresca
arman!... ¡Anda!... Ya la madre
viene á traerles la merienda...
(*Se enjuga una lágrima.*)
(¡Válgate Dios!)

DOL. Oye... (*Con gravedad.*)

FERN. ¿Qué?

DOL. Siéntate aqui.
(*Señalando un taburete en que tiene los pies.*)

FERN. ¿Y si despierta
(*Sofocando su júbilo.*)
don Blas, y me ve cruzado
de brazos, mientras las cuentas...

DOL. Siéntate...—Tú me aborreces. (*Se sienta.*)

FERN. Yo...

DOL. No... no...—Tú me desprecias.

FERN. ¡Lola!

DOL. Si; yo soy muy mala
contigo.

FERN. ¿Tú?... ¡Qué ocùrrencia!
Vamos: borda... quiero verte...

DOL. No: respóndeme. ¿Qué piensas
que hago yo con el dinero
que me das?

FERN. ¡Lo que tú quieras!—
Yo no sé.

DOL. Mientes. ¿Qué ha go?

FERN. ¡Darlo á los pobres! No vuelvas
á las andadas... Tú crees
que yo sigo con aquella
mania: que estoy triste
y ofendido...

DOL. ¡Justo!

FERN. ¡Buena
tonteria!

DOL. Y con favores
de mi ingratitud te vengas.

FERN. ¡Dale!.. no sé como hacer
para que... Desde la gresca
de marras, ¿te he dicho yo
ni una palabra siquiera?

DOL. No la has dicho: pero á mí
me la dice mi conciencia.
Si ya en el despacho escribes
tanto, que sobre tí llevas
el peso de esta familia,
es por mí; si haces tu hacienda
añicos, para entregarme
cantidades como esta,
cuyo destino comprendes...
es por mí... por la promesa
que de mi mano te hizo
don Blas. Tu deseo era
casarte conmigo. Asi
me lo dijiste... ¿Lo niegas?

FERN. No lo niego... pero entonces
yo ignoraba que eras presa
de otro amor...

DOL. Que tú has soñado...

FERN. No: que tú sientes. Recuerda,
Dolores, lo que pasó
al irse Miguel.—Mas sea
lo que fuere; suponiendo
que te he olvidado ya á fuerza
de desengaños... sé franca...
¿Te pesa que no te quiera?

DOL. Si me has olvidado, ¿á qué
me preguntas si me pesa?

FERN. ¡Toma!

DOL. ¿Conque no me quieres?
¡Pobre Fernando!

FERN. ¿Son quejas?

DOL. Es que siento que me odies
al dejar de amarme.

FERN. ¡Ea!
Me harás reventar... ¡Yo odiarte!..
Pues si... (¡estoy tan cerca de ella!)

DOL. Vamos, ¿qué ibas á decir?

FERN. Que amar puedes á quien quieras;

que yo estoy tranquilo ya...
(¿Por qué me senté tan cerca?)

DOL. Yo no tengo amor ninguno,
Fernando; y si tengo penas,
pues tú te guardas las tuyas,
que guarde las mias deja.

FERN. ¡Mis penas!

DOL. Si: tu rencor
me cree indigna de saberlas;
pero entiende, amigo mio,
que yo de cualquier manera
seré casi venturosa...
con tal que tú no padezcas.

FERN. Yo...

DOL. (Aun está muerto por mí.)

FERN. (¡Aun por Miguel está muerta!)

DOL. Conque no hay nada que hablar...

FERN. ¿En qué quedamos?

DOL. Empieza...

FERN. No: empieza tú...
(*Se oye ruido en la escalera.*)

DOL. Don Blas baja...
(*Le da la mano.*)

FERN. Dolores... ¡bendita seas!... (*Se levanta.*)

DOL. ¿Somos amigos?

FERN. Si. (¡Amigos!...
¡el demonio que la entienda!)
(*Entra en el despacho.*)

ESCENA II.

DOÑA ROSA, D. BLAS, DOLORES, *bordando.*

ROSA. Te digo.... (*Dentro.*)

BLAS. ¡No me lo niegues!

ROSA. Blas, por Dios... (*Salen.*)

BLAS. ¡Y por los santos!
Como el cáñamo vendiste,
venderás hasta los clavos,
y pediremos limosna
para que él goce entre tanto...

ROSA. Es que...

BLAS. ¿Crees que se oculta
lo que en casa está pasando?
¿Qué ha sido de tus alhajas?
¿qué de tu dinero ahorrado?
El año pasado echaste
una tela... dime... vamos...
¿dónde está el lienzo? ¡vendido!
¿Y el dinero?... en Madrid... ¡Claro!
Lo mismo que tanta seda
como has criado este año,
quitándote la salud
con la hoja y los gusanos...
¿dónde está?... vamos á ver...

ROSA. Bien... todo se lo he mandado...
y he dispuesto de lo mio;
que para eso mi trabajo
me costó... ¡cosa que nunca
hiciera por nadie!... ¿estamos?
¡Pues qué!... ¿Crees que eché la tela
con mas objeto, ni he criado
la seda con otro fin
que hacer dinero y mandárselo?—
¡Es mi hijo!

BLAS. Pero...

ROSA. ¡Es mi hijo!...
y no quiero... ¡de pensarlo
me vuelvo loca!... que pase
ninguna falta.

BLAS. ¡Buen pago
te da el niño! Cuatro cartas
habrá escrito en los dos años.

ROSA. ¿Qué será de él?

ROSA. Divirtiéndose
estará. ¿No me has contado
que es tan rico, tan feliz?
¿Que han cantado el teatro
cosas suyas?... ¿que se casa
con la condesa?—¡Yo extraño
que asi y todo me arruines
por socorrerle!

BLAS. Lo hago
con mi dote y mis afanes.

BLAS. ¡Sea enhorabuena! Entre tanto,
yo, que casi ya no veo,
que estoy enfermo y cansado,
me quito la vida aquí,
dia y noche trabajando.
¿Te acuerdas, Rosa, te acuerdas,
cómo, cuando era muchacho,
bendecíamos al cielo
que nos le diera tan sabio,
tan grande, tan decidido?
«Fuerte será nuestro báculo...»
deciamos: pero ¡ay!
que ha sabido demasiado
para tener corazon
y sentimientos humanos!

ROSA. ¡Miguel! ¡Miguel!

BLAS. No hay disculpa
en su proceder ingrato:
cuando era débil y niño,
yo le llevé de la mano,
y hoy que soy débil y viejo,
no me presenta su brazo.

DOL. ¡Vaya, don Blas!... (*Levantándose.*)

BLAS. Hija mia,
perdona... Sé que á mi lado
estarás siempre... Y tú, Rosa...
vamos, enjuga ese llanto.
¿Qué quieres? Me veo tan viejo,
que soy egoista. ¡Estamos
tan mal! ¡Se gana tan poco!

ROSA. ¡Es verdad!

BLAS. Siempre acosados
de deudas... ¡lo que en mi vida
me habia ocurrido!... Dos años
de contribucion... el censo
de seis... ¡Trescientos y tantos
duros!... Ya veis... El alcalde
dirá que estoy abusando
de su bondad: él me espera:
y yo...— Mira, en vez del cáñamo
pudiste vender...

ROSA. ¿Qué?

BLAS. ¡Toma!
Aquel piano...

ROSA. ¡El piano!
¡El piano de Miguel!
¿Estás loco? ¿Y cuando el pájaro
vuelva, dónde cantaria?

BLAS. ¡No volverá!

ROSA. ¡Oh! yo le aguardo.
¿No dices tú que en la Biblia
cuenta yo no sé qué Santo
la historia de un *Hijo pródigo*,
que se marchó y volvió al cabo?

BLAS. Si... ¡pero cómo volvió!

ROSA. ¡Con tal que vuelva!

BLAS. ¡Dos años!...
No hablemos de él, que la sangre
se me enciende de pensarlo.
Rosa... ¡allá tú!... En cuanto á mí,
haré por creer que he soñado
que tuve un hijo. Mi suerte
es morirme en el trabajo,
ó morir de hambre... ¡Dios quiera
darme salud hasta el cabo,
ya que he de ganar yo mismo
el precio de mi sudario!
(*Fernando se asoma á la puerta del despacho.*)

FERN. Don Blas...

BLAS. ¿Estabas ahí?
¿qué quieres? ¿ocurre algo?

FERN. Tenemos que cotejar
unas copias...
(*Entra de nuevo en el despacho.*)

BLAS. Voy, Fernando:
voy, mi buen hijo... Ya veis:
¡otro nuevo sobresalto!
El bien que ese ángel nos hace;
ese desinteresado
y constante sacrificio,
me pesa y turba mi ánimo.
¡Trabajando todo el dia,
encerrado en el despacho,

sin recompensa ninguna!
Piénsalo, Lola... Pensadlo,
y ved que tantos disgustos
me van la vida quitando.
(Al dirigirse al despacho se encuentra á don Gil y á doña Ramona, que entran de la calle cogidos del brazo.)

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA RAMONA, D. GIL.

RAM. / GIL. } Buenas tardes.
BLAS. / ROSA. / DOL. } Buenas tardes.
RAM. ¿Qué tal?
ROSA. Pasando... ¿Y usted?
BLAS. Vaya... hasta luego. *(insistiendo en irse.)*
GIL. Don Blas...
si usted gusta, tengo que
hablarle.
(Hablan durante toda la escena, cada vez con mas animacion, paseándose por el cenador del fondo. Las mujeres se sientan en el proscenio. Dolores borda.)
ROSA. Conque, vecina,
¿qué tal de casada?
RAM. Bien...
Gil dice que está contento,
y yo... ¡con tanto que hacer!
¡Jesus!... se me pasa el dia
en menos de un santi-amen.
ROSA. Asi es que nunca la vemos
por aqui... Hará medio mes
que no sé si es muerta ó viva.
RAM. Como que no pongo un pie
en la calle... Hoy he salido
por la precision de hacer
unas compras... pero no
crea usted que [illegible] sa de...—

Está muy fresco este patio:
han hecho ustedes muy bien
en bajarse... Ya otro dia
mas despacio volveré
y hablaremos. Ahora he entrado
porque Gil queria ver
á don Blas... para negocios
de ayuntamiento... ¡Bien! ¡bien!
(*Mirando el bordado.*)
¡Ah! lo mejor olvidaba.
¿Hay noticias de Miguel?

ROSA. Si, señora: de él hablabamos.

RAM. ¿Y sigue en Madrid?

ROSA. Si: el juez
que há llegado, nos ha dicho
que un dia le vió en un café
tocando el piano. De esto
hará ya dos meses.

DOL. Tres.

ROSA. Pero cuidado, vecina,
que no se lo cuente...

RAM. ¿A quién?

ROSA. A nadie: ni á mi marido,
que lo ignora.

RAM. Callaré.
Y... ¿no escribe?

RASA. No, señora:
desde que salió de aquel
lance, ni una letra ha escrito.

ROM. Pues ya era tiempo á mi ver
de que se hubiera casado
con la condesa.

ROSA. Asi él
lo esperaba. En cuanto á ella,
hija... lo quiere á perder!

RAM. ¡Dios lo haga! ¿Y tú, Dolores,
cuándo te casas?

DOL. No sé.

ROSA. Eso es cosa de mi Blas.
Las desgracias de Miguel
le preocupan de tal modo,
que en nada piensa.

RAM. ¡Vea usted!..
Gil, ¿vamos?
GIL. Mujer, ya voy.
RAM. Son las siete.
GIL. Voy, mujer.
RAM. Y, volviendo á nuestro jóven,
¿se supo al cabo qué fué
lo de ir á Italia?
ROSA. Emigrado.
RAM. ¡Ave María! (*Se santigua.*) ¿y eso qué es?
ROSA. Hija... se metió en política,
y me lo engañaron. Seis
mil reales me costó el caso.
RAM. ¡Vaya un mocito!.. conque él,
política, desafíos...
¿Y la herida?
ROSA. Dicen que
ya sanó. ¡Dios le perdone
lo que me ha hecho padecer!
Ahora quisiera mandarle
algun dinero. ¡Ay Dios! es
cosa que me parte el alma
pensar que para comer
toca el piano ante un público!
RAM. ¡Es cruel... si, muy cruel!
Yo... si el señor me da hijos
no les enseño á leer...
¿Y tú, Dolores? ¡Tan séria
como siempre!
DOL. Oyendo á usted.
GIL. ¿Vamos, Ramona?
RAM. ¡Acabáras!
GIL. Convenido... hasta despues.
(*Despidiéndose de D. Blas.*)
RAM. Señoras... (*Se levantan las tres.*)
ROSA. Abur, vecina.
DOL. Que ustedes lo pasen bien.
(*Desde la puerta.*)

ESCENA IV.

Doña Rosa, Dolores, D. Blas. *Al verse solo D. Blas, cae anonadado en un sillon.*

Blas. ¡Oh!!
Rosa. Blas, ¿qué tienes? ¿qué es eso?
Dol. Padre...
Blas. Rosa... ¡qué ha de ser?
que Dios mi fé y mi paciencia
probar quiere en mi vejez.
¡Estamos perdidos!
Rosa. ¿Cómo?
Blas. El alcalde ha hecho saber
á don Gil, que hay dada órden
de cobrar con rapidez
cuanto deben los vecinos
á los propios, para hacer
una remesa á Sevilla,
y por la última vez
me avisa que pague el censo,
pues hoy se va á proceder
á embargar á los deudores.
Rosa. ¡Embargarnos!
Blas. Si... ya ves...
la casa... la escribania...
Dol. (¡Qué dudo! primero es él)
Don Blas, yo tenia esto...
Blas. ¿Qué es eso?
Dol. Tómelo usted;
mil reales...
Blas. ¿Y de dónde?
Dol. Yo los tenia...
Blas. ¿De qué?
Dol. Mios.
Blas. ¿Tuyos? Rosa, aqui
hay otro arcano. Mujer, *(A Dolores.)*
guárdalos. Eso no es nada
para mi apuro. Son seis
mil... seis mil... ¿entiendes, Lola?
¡Es lo imposible! Miguel,

mira tu obra...

FERN. Don Blas...

(*Asomándose otra vez.*)

BLAS. ¿Quién? ¡Ah! Fernando... ven... ven.
Dejadnos solos. Del cáliz
apurar debo la hez.

DOL. (¡Oh Dios!) (*Ap.*)

BLAS. ¿Me quieres, Dolores?

DOL. Padre...

BLAS. Bien, hija, vé... vé.

(*Se van Dolores y Rosa por la izquierda.*)

(¡Antes que verlas con hambre,
por todo atropellaré!)

ESCENA V.

D. BLAS, FERNANDO.

BLAS. ¡Fernando, no puedo mas!¡
Si callara, ¿qué dirias?
Tú mismo me acusarias
de ingratitud.

FERN. ¿Qué hay, don Blas?

BLAS. Oye. Desde que nací
sin descanso trabajé
y con mi sudor regué
el pobre pan que comí.
Vi que á mis padres un dia
encorbaba ya la edad,
y fuí de su ancianidad
amparo, sosten y guia.
Aun muertos no los lloraba,
cuando ya en torno de mí
mi propia familia vi
que sosten me demandaba.
Y con afanes prolijos
trabajé sin descansar,
feliz en alimentar
á mis padres y á mis hijos.
Asi trascurrió mi vida...
y hoy que la siento acabarse
un báculo en que apoyarse

busca mi mano aterida.
Sin él me ha dejado atrás
de un hijo la ingratitud...
¡y ha de ser mi senectud
báculo de los demas!
¡Imposible! Ya mis hombros
no resisten al trabajo;
mi casa se viene abajo
y me envuelve en los escombros.
¿Qué hacer? ¿Se me acusará
si te digo que adelante
no puedo seguir? ¡Bastante,
bastante he luchado ya!
Yo seguiria callando
hasta morir. ¿Qué me importa?
¡Será mi vida tan corta!
Pero, ¿y ellas?... Di, Fernando,
¿y ellas?—Tú la amas... Yo
sé que eres bueno y honrado,
y el cielo en tí me ha pagado
el hijo que me quitó.
¡Ah!... Sustitúyeme... Toma
el puesto que yo aqui yo dejo:
reemplaza á este pobre viejo
en su hogar que se desploma!
De esas dos prendas que amo
sé el padre... Ordena sin tasa...
¡Yo te confio mi casa!
¡Sé tú de mi casa el amo!

FERN. ¡Cómo! ¿Qué debo yo hacer?

BLAS. Oye. El ingrato hijo mio
por la senda sigue impio
que su orgullo le trazó.
Su madre le ama de modo
que en su bien mi hacienda arrasa:
¡él se lleva de esta casa
alhajas, dinero, todo!
Y asi tras tanto pesar,
hoy el mas horrible pruebo...
¡me demandan lo que debo
y no lo puedo pagar!
Vendrán á embargarme... ¡Oh!...

mi casa... mi única hacienda...
la sacrosanta vivienda
donde mi padre murió!

FERN. Don Blas...

BLAS. Si... y por eso hoy
te exijo mas sacrificios
despues de los beneficios
que de tí aceptando estoy.
Pero al pedírtelos, debo
darte títulos...

FERN. ¿Qué escucho?

BLAS. Yo el bien lo agrezco mucho...
la limosna la repruebo.
Dos años hace que existe
promesa de casamiento
entre Lola y tú. Yo siento
que sea mi estado tan triste
al recordarte esta union,
y si en ella no he insistido
ha tiempo, atendiendo ha sido
á esta consideracion.
A no perder mi caudal,
dotárala con largueza...
¡hoy, perdona su pobreza
por su virtud sin igual!

FERN. Don Blas...

BLAS. Te ofendo, lo sé...
Hoy como en tiempo mejor,
anhelas loco de amor
esa union que yo aprobé.

FERN. Y sin embargo, don Blas...

BLAS. ¿Qué?

FERN. Yo. .

BLAS. ¿No quieres ser mi hijo?

FERN. Perdone usted si le afijo...

BLAS. ¡No me lo digas jamás!

FERN. ¡No es eso!

BLAS. Acaba, cruel...
mi última esperanza hiere...

FERN. Es ella quien no me quiere:
Dolores ama á Miguel.

BLAS. ¿A Miguel?

FERN. Ha mas de un año
que lo supe.
BLAS. Y ese amor...
FERN. Dura aun.
BLAS. ¡Conque el traidor
siempre se vuelve en mi daño!
Él tu desventura labra...
y la mia... y la de todos!
Pero... ¿ella?
FERN. De varios modos,
sin hablar una palabra,
me dejó ver la verdad.
BLAS. ¿Y tú?
FERN. Yo... ¡me he resignado!
BLAS. ¡Ah! ¡Tú la amas, desgraciado!
FERN. Yo... no... le tengo amistad.
BLAS. ¡Basta!... Solo hasta mi muerte
lucharé con mi agonia.
Fernando, desde este dia
nada quiero agradecerte.
Sin que olvide tus mercedes,
que pagaré, desde hoy mas
ni á ayudarme volverás
ni proponérmelo puedes.
Pues no he de ver sin rubor
que al cabo de tantos años,
males coge y desengaños
quien sembró bienes y amor.
FERN. Pero ¿qué va usted á hacer
cuando vengan á embargar?
¿Cómo va usted á trabajar?
¡Vaya! ¡eso no puede ser!
BLAS. Veré... Dios me dará aliento.
FERN. Pero entonces... ese embargo...
BLAS. Veo que el licor amargo
brindas al labio sediento.
Acepto el cáliz. Rubor
por rubor, debo escoger
aquel que me impida hacer
público mi deshonor.
¡Los cielos mi vida alarguen
y hagan que pagarte pueda!

Mi honor á tu cargo queda...
Fernando, que no me embarguen.

FERN. ¡Oh!

BLAS. ¿Lloras?

FERN. ¡Máteme usted!

BLAS. ¿Qué dices, desventurado?

FERN. ¡Estoy perdido, arruinado!

BLAS. ¡Arruinado!.. ¿Cómo? ¿qué?
Tambien tú... no lo comprendo...
Todo me lo niegas... ¡Oh!..
Fernando, ¿qué te he hecho yo?
¿no ves que me estoy muriendo?

FERN. Don Blas, lo juro... he vendido
aperos, yuntas, ganado...
todo!

BLAS. Calla, desgraciado...
¡Ya todo lo he comprendido!
Mi mujer... Lola sin duda...
por eso la suma aquella
me ofreció...

FERN. No...

BLAS. Ha sido ella...
¡ella que tambien le ayuda!
¡Siempre Miguel! ¡Monstruo fiero!
¡Todo... todo lo devora!
¡Oh, qué vergüenza! Y ahora,
¿quién te paga ese dinero?—
¡Ah! ¡qué idea! ¡Sumo Dios!

FERN. (¿Qué idea será?) (*Asustado.*)

BLAS. Hay un modo
de que lo arreglemos todo
y nos cobremos los dos.
Aun mi propia hacienda es mia,
y disponer de ella puedo...
¡Fue ingrato... y le deshcredo!
Te vendo la escribania.
(*Fernando inmóvil, espantado, reflexivo.*)
Cóbrate de lo que dieras
á Dolores: da seis mil
reales luego á don Gil:
recíbete cuando quieras
de escribano... y yo seré

tu escribiente... ¡Poco valgo!
pero conque me des algo
á las dos las mantendré.

FERN. (¡Ay de mí!... ¿cómo le digo?...
y ello es preciso... ¡qué diablo!)
Oiga usted: si ya no hablo (*Fuera de sí.*)
va á creerme usted su enemigo,
y perderé de una vez
amor y familia y casa...
Y yo... ¡Caramba! ¡esto pasa
(*Arrancándose el cabello.*)
por mi maldita sandez!
Yo amo á Dolores... y á todos...
(*Con voz entrecortada por los sollozos.*)
y si me marcho de aqui
me moriré por ahi...
porque... al fin... de todos modos
yo me he quedado por él
sin labor ni escribania...
(*Vuelve á enfurecerse.*)

BLAS. Pues la escribania...

FERN. Es mia...
¡yo se la compré á Miguel!

BLAS. ¡Jesus! ¡Oh! ¿conque el impio
(*Horrorizado.*)
me dejó á merced de extraños?
¡Entonces hace dos años
que el pan que como no es mio!
Es decir... ¡la ira me abrasa!
que tú me estás manteniendo...
y yo... ¡vamos, no lo entiendo!...
¡soy un mendigo en mi casa!...

FERN. ¡Don Blas!

BLAS. ¡Rosa!... No me queda
(*Yendo á la escalera.*)
mas recurso que matarle...
¡Yo debí desheredarle
y él á mí me deshereda!
(*Volviendo á la escalera.*)
¡Dolores!... ¡Rosa!...

FERN. ¡Don Blas!...
(*D. Blas cae anonadado en el sillon.*)

¡Dolores... ven... que se muere!
(*A la escalera.*)
BLAS. ¡Yo le maldigo!... ¡No espere
volver á verme jamás!

ESCENA VI.

DICHOS, DOLORES, DOÑA ROSA.

ROSA. ¿Qué es esto?
DOL. ¡Padre!...
(*Llegando al sillon.*)
BLAS. ¡Cruel!
(*Levantándose y huyendo.*)
¡aparta... al verte me asusto!...
ROSA. ¿Qué le has hecho?
(*A Fernando indignada.*)
BLAS. ¡Honrad al justo!
¡De rodillas ante él!
ROSA. DOL. } ¡Fernando!
(*Sin comprender.*)
BLAS. A su caridad
há dos años le debemos
todo... ¡hasta el pan que comemos!
ROSA. Blas ¿qué dices?
BLAS. La verdad.
El compró la escribania
á Miguel... Él se ha arruinado
por Dolores... ¡Nos ha dado
todo cuanto poseia!
¡todo por tu amor, ingrata!—
¡Por ella! ¡por la cruel,
que ama entre tanto á Miguel!...
¡Oh, Dios!... ¡esta idea me mata!
ROSA. ¡Jesus!
BLAS. Vente... (*A Doña Rosa.*)
ROSA. ¿Dónde vas?
BLAS. ¡A pedir de puerta en puerta!
DOL. (¡No hay esperanza! ¡estoy muerta!)
Deténgase usted, don Blas. (*Pausa.*)
En todo cuanto aqui pasa

no hay porque afligirse asi.
Yo en casa de usted viví...
hoy vive usted en mi casa.
Por socorrer á un hermano...
he perdido mi caudal...
ó el de mi esposo... Es igual...

FERN. ¡De tu esposo!

DOL. Esta es mi mano.

ROSA. ¡Dolores!..

FERN. ¡Lola!

BLAS. ¡Hija mia!

DOL. Hoy con él me casaré.

BLAS. Pero tú...

DOL. Feliz seré
de todos con la alegria.

FERN. ¡Ah... Lola!

BLAS. ¡Qué alma tan buena!

FERN. Escucha... (*A Dolores aparte.*)

DOL. Di que si á todo;
(*Id. á Fernando.*)
no olvides que de otro modo
se moriria de pena. (*Por D. Blas.*)

FERN. ¡Ah! ¡yo te amo! (*Con vehemencia.*)

DOL. ¡Lo sé!... (*Con amargura.*)
¿Esta usted contento?

BLAS. Sí...
perdóname... injusto fuí
cuando de tu amor dudé.
Ya es tuya la escribania.... (*A Fernando.*)
pronto te recibirás...
trabajaremos... ¡verás
con qué provecho! En Dios fia.
(*A Dolorse.*)
¡Hija del alma! ¿Lo ves (*A Fernando.*)
como te amaba? A su hermano
socorrió con noble mano
para pagarte despues!
Mas nunca del desertor
vuelva á hablarse en mi presencia...
¡Él nos trajo á la indigencia!
¡Hágalo rico el Señor!
Conque... la pareja fiel (*Alegre.*)

es justo que se atavie...

FERN. (Es la primer vez que rie
desde que se fué Miguel.)

BLAS. Felices serán los dos...
(A su mujer que aun llora.)
Se acabaron los suspiros...
Ea, vamos... id á vestiros,
mientras doy gracias á Dios.
(Entra en el despacho.)

FERN. (¡Ay!.. ¡quién pudiera lograr
ver á todos sonreir!...
¡Qué idea!... ¡voy á impedir
que nos vengan á embargar!)
(Sale á la calle. Cuando Doña Rosa y Dolores se ven solas corren á abrazarse. Lola la primera.)

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DOLORES.

DOL. ¡Madre!... ¡madre!

ROSA. ¡Hija querida!

DOL. ¡Madre!

ROSA. ¡Pensabas en él!
¡Tambien yo!

DOL. ¡Miguel!

ROSA. ¡Miguel!..
¿Le amabas?

DOL. ¡Mas que á mi vida! *(Estallando.)*
Las lágrimas que derramo
mi corazon abrasaban...
¡quince años há que me ahogaban!
¡quince años há que le amo!

ROSA. ¿Y no le olvidaste?

DOL. ¡No!

ROSA. ¿Y le socorriste?

DOL. ¡Sí!

ROSA. ¡Y te dejó como á mí!

DOL. ¡Ay madre! ¡Él nunca me amó!

ROSA. Pero tu amor le perdona...
¡ya tengo con quien llorar!

DOL. ¡Al pecho que sabe amar
en vano se le abandona!
cuando á mi lado vivia,
¡qué lejos de mí le hallé!
¡Partió!... ¡y do quiera que fué
le acompañó el alma mia!
¿Ni qué me importaba á mí
que estuviera cerca ó no,
si siempre me despreció,
si al amarle le perdí?

ROSA. ¡Ay!... si... ¡tú comprendes bien
los afectos con que lucho!

DOL. ¡Madre, yo he sufrido mucho!

ROSA. ¡Ah! ¡ven á mis brazos... ven!
¡Tú le amas! En tu pecho
mi hijo con tu amor habita,
y es su imágen quien palpita
cuando á mis brazos te estrecho.
Tú ignoras lo que es tener
lejos... en tierras extrañas,
parte de nuestras entrañas,
la mitad de nuestro ser!
¡Oh! ¡para dolor el mio!
Yo perdí mi corazon...
¡y donde tú una pasion,
llevo de un hijo el vacio!

DOL. Tambien yo el vacio siento
de ese amor... ¡él lo ha matado!
¡amor inmenso y sagrado,
del alma luz y contento!
¡Él trocó en llanto infecundo
la clara fuente escondida,
que en sí atesoraba vida
para embellecer el mundo!
Hoy de esa oculta pasion
los diques rompió el quebranto,
y en las olas de mi llanto
se va de mi corazon.
¡Ay, madre! ¡Cuánto sufrí
para sonreir en calma
mientras agitaba el alma
de ese amor el frenesi!

¿Sabe usted lo que es guardar
un amor desesperado,
que el corazon no ha buscado
ni el alma puede matar?
¿Ver en su fuego bendito
un enemigo cruel;
odiarlo, luchar con él,
guardarlo como un delito;
no tocar lo que se alcanza,
no mirar lo que se ansia,
cerrar los ojos al dia
y la vida á la esperanza,
y callar... y los latidos
del corazon contener,
y sus lágrimas beber...
y ahogarse con sus gemidos?

ROSA. ¿Pero él tu amor ignoraba?

DOL. ¡No, madre, no lo ignoró!
¡pero él indigno nació
de la fé que me inspiraba!
¡Cuánto sufrí! Ante mis ojos
mil veces, loco de amores,
á otras prodigó sus flores,
dejándome los abrojos.
Solo una vez su mirada
fijó en mi pasion inmensa,
y en vez de halago, una ofensa
vi en sus ojos retratada.
¡Y en pos de otro amor se fué!
¡y otro amor vive soñando!!!—
—Me casaré con Fernando...
Si, madre, me casaré.

ROSA. ¡Oh, cuánta dicha ofrecia
tu alma á Miguel!

DOL. Suya era,
¡y no hallará quien le quiera
cual le quiso el alma mia!
¡Loca condicion humana!
Porque no me amó jamás,
por eso me rendí mas
á su esclavitud tirana.
Y del cielo no veia

un castigo en su desden...
yo desdeñaba tambien
al que ciego me queria.
—No amor, soberbia insensata
debo llamar al que siento...
¡pedir agradecimiento
y en cambio ser una ingrata!
¡Oh!... sal de mi corazon,
furia que asi le devoras,
y amargo veneno lloras
por llanto de compasion!
Tú del bien me has apartado,
me enseñaste la mentira,
y desterraste en tu ira
la calma de un pecho honrado.
¡Tú diste la desventura
á cuantos bien me han querido!
¡pero ya te ha oscurecido
del honor la lumbre pura!

ROSA. ¡Ah!
(*Da un grito de susto. Se vuelve y ve que es Fernando que entra.*)

DOL. ¿Qué?

ROSA. Me asusté... ¿Creerás?
(*Serenándose, se rie.*)
¡Es Fernando!
(*La idea del grito de la madre la expresará la actriz con solo imaginarse que ha visto á Miguel, pues el autor quiere que revele todo un presentimiento.*)

ESCENA VIII.

DICHAS, FERNANDO, *con un lujoso gaban blanco. Fernando ve que las mujeres lloran, y desistiendo de acercarse á ellas, se dirige al despacho.*

DOL. (*A Fernando.*) ¿Dónde has ido?

FERN. Nada... vengo... He conseguido
que no embargen á don Blas.

ROSA. ¡Ah!! (*Con jubilo.*)

FERN. Y se lo voy á decir... (*Insistiendo en irse.*)

ROSA. ¡Ah, ven acá! ¡qué ángel eres!
DOL. ¡Fernando, cuánto me quieres!
FERN. (¡Han llorado!) (*Ap.*)
ROSA. Es fuerza ir.
(*A Dolores yéndose por la escalera.*)

ESCENA IX.

DOLORES, FERNANDO.

DOL. Adios...
FERN. ¿Sufres?
DOL. No, sufrí...
pero tu bondad la calma
siempre devuelve á mi alma;
nunca te apartes de mí.
Si me ves llorar, no creas
lo que has creido otras veces...
tú serás... si, tú mereces
ser feliz!
FERN. ¡Bendita seas!
¡Oh! ¿no me acusas?
DOL. ¿De qué?
FERN. Mira, por mi alma te digo,
que si hoy me caso contigo,
lo hago por don Blas.
DOL. Lo sé.
FERN. Yo... tú eres libre... aun despues
de casados... no me veas...
ni me hables.
DOL. ¡Bendito seas
tú, y solo tú!... Yo á tus pies
debo estar eternamente.
FERN. ¿Por qué?
DOL. Oye en confesion
á tu esposa.
FERN. Tú...
DOL. Perdon.
He amado á Miguel.
FERN. ¡Ah, tente!!..
DOL. No temas. Mientras le amé,
callar supe... ¡aun callaria!

No te lo he dicho hasta el dia
en que de amarle dejé.
Dos años de suspirar
yo por él y tú por mí,
bastaron para que aqui
ocupes hoy su lugar.

FERN. ¡Lola!... (*Arrobado.*)

DOL. ¡Adios!... (*Turbada.*)

FERN. ¡Lola!... (*Suplicante.*)

DOL. ¡Fernando!..
(*Abandonándole las manos.*)

FERN. ¡Qué feliz soy! (*Se las besa.*)

DOL. Ya lo ves.
(*Sonrie señalando sus manos, que sup onc mojadas.*)
¡y lloras!.. Dime despues...
(*Se va enjugándose las lágrimas.*)

EERN. ¡Es verdad! ¡estoy llorando!
(*Se lleva las manos á los ojos, y se mira despues los dedos. Entra en el despacho. La escena queda sola un moment o.*)

ESCENA X.

MIGUEL. *Aparece Miguel en el portal, pobremente vestido, con sombrero de palma viejo: apoyado en un palo, con toda la barba: empuja la cancela y entra con cuidado.*

¡La bendicion de Dios sea
(*Se quita el sombrero.*)
en mi casa!—¡Guarde Dios
á mis padres!—Al fin toco
(*Entra y se arrodilla en el umbral, dejando en el suelo el sombrero y el báculo.*)
mi tierra de promision!—
¡Ya estoy en mi casa!..—¡Nadie!..
(*Se levanta.*)
¡Salud, nido en que al albor
de mi primera mañana
su vuelo el alma tendió...
¡Salud!..—¡Me parece un sueño

que oigo resonar mi voz
en estos sitios! ¡Oh! cuánto
en mi peregrinacion
soñé con tu dulce sombra,
¡santo techo protector!—
¡Todo está cual lo dejé!—
(Se apoya en una columna.)
¡Estoy rendido! Llegó
un momento en que temí
quedar muerto de calor
en esos caminos... ¡Ah!
¡qué paz en esta mansion!
¡Cómo se refresca el alma
del triste!—¡Dos años!.. ¡dos!..—
Tiemblo el momento de verlos...—
Siento pasos... No; soy yo...
¡es mi corazon que salta
de deseo y de temor!—
¿A quién hallaré primero?
¿A mi santa madre? ¡Oh! no...
Se moriria...—¡Mi padre!..
¡Allí está... con su sudor
tal vez amasando el pan
que nunca aquí me faltó!..
¡y que he mendigado luego!
¡Ah!.. tengo hambre... ¡y estoy
cubierto de harapos!—Padre,
tú en tanto trabajas... ¡Oh!
¡bien te vengaron los cielos
de mi ingratitud atroz!
Pobre, enfermo, despreciado
por todo el mundo... llegó
una hora en que en mi frente
vi escrita tu maldicion!
(Se sienta á la izquierda en la silla que ocupó Dolores.)
—¡Ay! no puedo mas... ¿Qué miro?
¡Dolores!.. ¡su bastidor!— *(Lo besa.)*
¡Dolores!.. ángel del cielo
que me ama fiel... suyos son
los misteriosos socorros
que recibí...—¡Cuánto amor!—

¡Ah! Cuando llegué á saber
su divina abnegacion,
¡cómo germinó en mi alma
el bien regenerador!
¡Cómo se alzó en las ruinas
de una criminal pasion
pura y sublime su imágen!
Ella sola me guió
por el desierto... Ella ha sido
la columna conque Dios
ha encaminado mis pasos
á la virtud y al honor!—
¡Qué ingrato... qué ingrato he sido!—
¿Me perdonarán?... no, no.
que fué muy grande mi culpa,
impia mi rebelion...— (*Se levanta.*)
¡Pero es mi padre!... y Dios padre
sus enojos aplacó
al ver sufrir á su hijo!...
Padre... yo sufro... ¡perdon!—
(*Llega á la puerta del despacho y llama con ambas manos.*)
¡Padre!

ESCENA XI.

MIGUEL, D. BLAS, FERNANDO, *luego* DOLORES, *despues* ROSA.

BLAS. ¡Ah! ¡Tú!...—Él!!
(*Huye hácia el proscenio.*)
FERN. ¡Miguel!
MIG. ¡Padre!...
¡Soy Miguel!
BLAS. ¡Huye... no, no!
(*Volviendo la cara.*)
MIG. ¡Fernando!...
(*Le da á entender que convenza á D. Blas.*)
FERN. ¡Don Blas!...
(*Viniendo al proscenio sin abrazar á Miguel.*)
DOL. ¿Qué?...

(Bajando la escalera vestida con mantilla.)

MIG. ¡Lola!...

(La ve y corre á ella.)

DOL. ¡Miguel!—Miguel!

(Le abre los brazos, pero al momento huye evitándole.)

MIG. Por favor...

¡Todos me cierran sus brazos!

BLAS. ¡Es tarde! ¡Ampárete Dios!

MIG. ¡Dios mio!... ¿No hay quien me acoja?

(Solo en medio de la escena.)

ROSA. ¡Hijo de mi alma! ¡Yo!!

(Que baja con la mantilla en la mano.)

MIG. ¡Madre!... madre de mi vida! *(Se abrazan.)*

ROSA ¡Le queda mi corazon!

(Teniendo á Miguel en sus brazos y mirando á todos con fiereza. D. Blas á la derecha se enjuga las lágrimas, vuelto de espaldas al grupo. Dolores, inmóvil, al otro lado del proscenio. Fernando cruzado de brazos en el fondo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ROSA, DOLORES, MIGUEL. *Miguel está sentado en el sillon, á la izquierda: tiene puesto el gaban blanco que sacó Fernado al final del acto segundo. Doña Rosa sentada á su lado con la mantilla puesta, Dolores de pie, apoyada en el respaldo del sillon.*

ROSA. Conque... vamos, hijo mio,
¿cómo has pasado la noche?
MIG. Bien, madre.
ROSA. ¿Estarás cansado
todavia...
MIG. Si.
ROSA. ¡Catorce
jornadas!... ¡tú, sin costumbre!...
¡vaya!... ¡y con estos calores!...
MIG. Ya estoy aqui.
ROSA. A nuestro lado
(*Quitándose la mantilla.*)
verás cómo te repones
y te alegras... Toma...
(*Da la mantilla y el devocionario á Dolores, que los pone sobre una silla.*)

Vengo
de misa; y si ahora me oye
el Señor como otras veces,
él calmará tus dolores.

MIG. ¡Ay madre! ¡Cómo mi alma
esas palabras conoce!
A su cariñoso arrullo
el niño siempre adurmióse...
¿qué extraño que hoy adormezcan
los infortunios del hombre?
¡Oh! ¡qué feliz puedo ser!

ROSA. Lo serás.

MIG. ¡Ay!

ROSA. ¡Alborózate!
mira que vas á afligir
á Lola...

MIG. Lola... ven... óyeme...
y óigame usted, madre mia.—
Hay ardientes corazones,
enfermos quizás, que nacen
con tal sed de amor y goces,
que conquistarse desean
el amor de todo el orbe.
Absorber el mundo entero
es su afan, su anhelo insomne,
y su delirio insensato
vivir en todos los hombres!
Hoy mas que nunca esa sed
los espíritus corroe;
y no hay niño que al sentir
que su corazon responde
del arte ó de la poesia
á los sublimes acordes,
deje de anhelar correr
por apartadas regiones
diciendo al mundo: «¡Yo existo...
yo siento... á mis plantas póstrate!»
No bien al Dios entreven,
se erigen en sacerdotes,
y en vez de adorarle á solas,
á evangelizarlo corren.
Ellos de su genio jueces,

ó al menos genios precoces,
¿qué extraño que artes y genios
se extravien ó malogren?
Quizás mas que artistas, son
almas sensibles y nobles,
y lejos de merecer
por su inspiracion loores,
es su mérito rendirlos
á ajenas inspiraciones.
A este afan de hallar un mundo
que con ellos sienta y llore,
llaman *deseo de gloria*,
y *ansia de amor* es su nombre.
De él en pos... no de fortuna,
madre, que esos son peores,
salen á correr la tierra
pródigos de amor los jóvenes,
luto dejando en un nido
allá en los paternos bosques.
¡Ay! lejos de su familia
van á buscar afecciones,
como quien deja un jardin
y pide al desierto flores.
No, los hombres no se aman;
y en los campos ó la córte,
do quiera que se reunen
en numerosas legiones,
es para hacerse la guerra:
¿qué importa que en ese choque
á veces no corra sangre,
si el llanto á raudales corre?
Todo es afan y discordia:
lucha con el rico el pobre,
la industria con el dinero,
el menestral con el prócer:
la propiedad por do quiera
alza sus muros de bronce,
y oro á la cara se tiran
sitiados y sitiadores.—
¿Quién dijo que son hermanos?—
Uno al otro desconoce:
conquistar el bien ajeno

es el fin de sus acciones,
y absorber el bien de muchos
la gloria que se proponen.
¡Allí el desarmado muere
del hambre al terrible azote!
¡nadie levanta al caido,
nadie al herido socorre!—
¡Oh! ¡Madrid!...—la vanidad
amasó su inmensa mole
para que fuera palenque
de esas contiendas atroces.
De huérfanos voluntarios
le llenó codicia innoble,
como al vivac de una hora
de una carabana nómade.
Sus casas no son familias,
son la guarida del hombre;
son las tiendas de campaña ..
por eso sus moradores
ven mas sepulcros que cunas
en la soberbia metrópoli.
En Madrid hay pocas madres
para haber tantos dolores;
ellas llevan aqui el luto
del siglo agitado, insomne
que dispersó la familia
y holló del hogar los dioses.
Mientras el vapor triunfante
cruza mares y hunde montes,
las madres, que ven vacio
el nido de sus amores,
lloran de dolor y miedo...
y yo no extraño que lloren...
¡pues es tenerlo en la guerra
tener un hijo en la córte!

ROSA. ¡Ah! ¿Conque nunca te irás?

MIG. ¡Irme yo, madre!... ¿y adónde?
El mundo que recorrí,
amor pidiéndole á voces,
me exigió para otorgármelo
cuenta de mis perfecciones.
El hogar me pidió títulos;

génio la amistad pidióme;
unos valor, otros oro;
aqui paciencia, alli goces...—
¡Nadie me quiso de balde!
Allí el alma es tan deforme,
que como á una novia fea,
nadie la quiere sin dote!—
Y yo al menos alcancé
su gloria y su amor... dos soles
fátuos, que queman la frente
con sus torvos resplandores,
dejando yacer al alma
dura y fria como el bronce!
Si... si... su gloria y su amor
lucieron en mi horizonte,
y mientras fuí venturoso
el mundo á mis pies rindióse;
pero cuando la desgracia
me hundió con sañudos golpes;
cuando lloré de impotencia;
cuando me vi enfermo y pobre,
nadie cubrió con su manto
la fealdad de mis errores!
Pasó la turba ambiciosa
sobre mí en rudo galope,
y yo me quedé en la arena
como espada que se rompe.—
¡Ese es el amor ajeno!
¡La gloria!... ¡la fama!... ¡el nombre!...
¡La corona de laurel
que vi á mis pies una noche...
¿qué eran á mis desventuras?
¡Sarcasmos desgarradores!
«Aqui hay un alma que sufre,»
le dije al mundo... y rióse...
¡porque solo vió mi cara
y mi traje hecho girones!

ROSA. La condesa...

MIG. La condesa...
amó mi soberbia indócil...
me amó mucho... pero al cabo
se casó con otro conde.

(*Dolores sonrie melancólicamente.*)
¿A dónde volver los ojos,
madre, en mi desgracia enorme?
¿quién acogeria al huérfano,
al mísero? ¿qué alma noble
aun abriria sus brazos
al dolor, al vicio torpe?
¿Quién albergaria al réprobo,
manchado por los desórdenes,
inútil al bien y al mal?
Entonces... y solo entonces,
vi lucir en lontananza
el hogar de mis mayores,
y la sombra de mi madre
sus brazos de amor tendióme,
diciendo: «¡A mí no me manchas...
hijo... á mi regazo corre!»

ROSA. ¡Es verdad!

MIG. «Allí—exclamé:
me aman sin gloria y sin nombre,
allí lamentan mi ausencia;
allí me espera Dolores;
aun puedo dar á mis padres
paz y consuelo... soy jóven
y trabajaré .. mis lágrimas
quizás mis delitos borren,
y hagan que un dia mi padre
su santo perdon me otorgue...—
y héme aqui.

ROSA. ¡Pobre hijo mio!
Dios oyó mis oraciones
y te trajo...—¡ya verás!
El piano está conforme
lo dejaste... Aqui eres rey...
aqui todos te conocen...
¡Vaya el mundo noramala!—
Ya haremos que te perdone
ese padre que ofendiste.
¡Si le hubieras visto anoche
cómo lloraba!... Te quiere...
¿Y es posible que te odie,
si eres su hijo? Está irritado...

pero en este instante oye
á doña Ramona... yo (*Se levanta.*)
voy arriba hasta que logre
hacerle bajar á verte.—
Quédate con él, Dolores.

DOL. ¡Madre!...
(*Asombrada, aparte á Doña Rosa.*)

ROSA. A la vuelta de misa
(*Aparte á Dolores.*)
vi á Fernando... está conforme.

DOL. ¿Qué dice usted? (*Asustada.*)

ROSA. Calla tú...
¿no ves cómo viene el pobre?
(*Se va por la escalera, llevándose la mantilla.*)

ESCENA II.

DOLORES, MIGUEL, *siempre sentado. Dolores detrás del sillon, viendo irse á Doña Rosa.*

MIG. Dolores...

DOL. ¿Qué quieres?

MIG. Ven... (*Se levanta.*)
no me esquives de ese modo:

DOL. Miguel!..

MIG. Olvídalo todo...
perdóname tú tambien.
Vea yo en tu rostro bendito
la gloria de mis amores...
¡Cuánto te debo, Dolores!

DOL. ¿Qué?

MIG. Fernando me lo ha escrito...
Todo lo sé.

DOL. Oh... no...

MIG. Esa herencia
que en mi bien has consumido...
la mano que me has tendido
cuando estaba en la indigencia;
la pura y constante fe
que dos años me has guardado;
tu casamiento frustrado,
todo, si, todo lo sé.

DOL. ¿Fernando te ha escrito eso?
MIG. Hace un mes me lo escribió:
al partir... la verdad... yo...
no te amaba: lo confieso.
Te lo dije... y te ofendí...
perdóname, Lola mia;
pero yo no conocia
los tesoros que hay en tí.
No: no llegó á comprender
mi ruin naturaleza,
tu pasion y tu pureza,
al ángel y á la mujer!
¡Oh, qué miserable he sido!
¡Qué indigno de tus favores!
pero al fin de mis errores,
ángel, tú me has redimido.
Deja que llore á tus pies
mi ingratitud, mi abandono...
DOL. Levanta... yo te perdono...
MIG. ¡Oh!! (*Levantándose arrebatado.*)
DOL. Pero es tarde.
MIG. ¡No es!
No es tarde, pues logro verte
y oirte, prenda querida,
antes que un resto de vida
me haya arrancado la muerte.—
¡Te amo! ¡Te amo, Lola!
De mis creaciones divinas
tú me alzas en las ruinas
única, radiante, sola!
¡Tú me enseñaste á creer,
á bendecir y á esperar...
Tú me has enseñado á amar,
tú has completado mi ser!
Te amo...
DOL. ¡Déjame!...
MIG. ¡No!
quiero decírtelo... quiero
que el porvenir lisonjero
mires cual miro yo.
Dime, hermosa, ¿no nos ves
perdidos en este valle,

mi brazo en torno á tu talle,
mi corazon á tus pies,
seguir la senda florida
de una existencia ignorada,
pendientes de una mirada
toda tu vida y mi vida?
¿No nos ves sin ambicion,
ni recuerdos ni esperanza,
ser la bienaventuranza
uno de otro corazon;
y asi unidos, comprender
todo nuestro porvenir;
amarnos siempre... vivir
sin mañana y sin ayer?
¿Sabes tú la eterna gloria
que alcanzan los que asi quieren?
¡Morir!... ¡Morir!... ¡Nunca mueren
ni el alma ni la memoria!
En mi tumba me amarás
como me amaste en la ausencia...
que el fuego de mi existencia
no morirá en tí jamás!

DOL. (¡Ah!)

MIG. No es tarde, pues que Dios
quiso al cabo concedernos
dias breves, pero eternos,
de gloria y triunfo á los dos!

DOL. ¡Ah! ¡Calla!...

MIG. Siempre á tu lado...

DOL. Nunca.

MIG. ¿No me quieres ya?

DOL. ¡No me lo preguntes!

MIG. ¡Ah!
Di que nunca me has amado!

DOL. ¿Que no te amé?..—¡No lo digas!

MIG. Pues bien, ¿por qué me abandonas?
¿Por qué, cuando me perdonas,
con tu desden me castigas?
Si me amabas de tal suerte
que me socorriste allí,
¿por qué despreciarme aquí
en las garras de la muerte?

Cuando vuelvo arrepentido
y en tí cifro mi ventura;
cuando en mí tu llama pura
violenta y grande ha prendido,
¿por qué en tan mortal zozobra
compromete tu rigor
mi gratitud y mi amor?
¿Por qué deshaces tu obra?

DOL. Escucha...

MIG. Quizás ya soy
indigno de tu cariño ..
tú amaste al soberbio niño...
y pobre y mísero estoy.

DOL. ¡Oh!... no me entiendes...

MIG. Entiendo
que tu venganza cruel
me asesina...

DOL. No, Miguel...

MIG. Lola, todo lo comprendo.
Me obligas con el favor,
y me huyes con el desden...
¡maldito, maldito el bien
que no se da con amor!

DOL. ¡Me has insultado!

MIG. Cumplida
ves tu tremenda venganza...
¡eras mi última esperanza
y te alejas con mi vida!

DOL. (¡Su vida!.. ¿Y le hé de decir?
¡Oh! ¡fuera matarle!)

MIG. Lola,
adios...—¡Oh madre!.. tú sola
sabes amar y sufrir!..
¡La fé!.. ¡la constancia! ¡Oh!..
¡Mentira!!

DOL. ¡Calla!

MIG. ¡Mentira!!

DOL. Oye... desgraciado... mira...
(*Le coge del brazo, vacila, y se aleja de él.*)
yo... si... No puedo.. no... ¡no!

MGI. ¡Ah! concluye... el golpe dame.
¿Amas á otro?

DOL. No.
MIG. Entonce...
DOL. ¡No amo á nadie! (*Con desesperacion.*)
MIG. ¡Alma de bronce!
DOL. ¡Dios no quiere que yo ame!
MIG. ¡Ah... me espanta tu firmeza!
DOL. Y á mí tambien.
MIG. Es crueldad...
DOL. ¡Sí!
MIG. ¡Es hasta crímen!
DOL. ¡Verdad!!
MIG. ¡Te odia la naturaleza!
DOL. ¡No me maldigas, por Dios!
MIG. ¿Y por quién mas me lo imploras? (*Con ironia.*)
DOL. ¡Por estas lágrimas!
(*Abandonándose al sentimiento.*)
MIG. ¿Lloras?
(*Fernando aparece en el portal.*)
DOL. ¡Llorar debemos los dos!

ESCENA II.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. ¿Lorar? ¿por qué?..—Buenos dias.
¿Qué tal?.. ¿descansaste?
DOL. Ven...
(*A Fernando, queriendo llevárselo.*)
FERN. Parece tuyo... está bien...
(*A Miguel, arreglándole el gaban.*)
conque... Lola... ¿qué decias?
Yo no os conocí al pronto...—
Hoy te encuentro mas muchacho...—
Iba á entrar en el despacho,
y me paré como un tonto
á escuchar... Dos años há
que tú me pillaste á mí... (*A Miguel.*)
¿Te acuerdas?—¡qué necio fuí!
MIG. No la quiere. (*Ap.*)
FERN. ¿Y en qué está
la diferencia? Dolores
habló de llorar... pues miente.

DOL. ¡Fernando!..
FERN. Contínuamente
me hablaba de tus amores...
¡Se muere por tí!.. y no veo
razon para incomodarse...
si la quieres... con casarse
se arregla todo... y *laus Deo*.—
¡Cuánto habrás visto, Miguel!
DOL. ¿No ves que me estás matando?
Escucha, Miguel...—Fernando...
FERN. ¡No hay mas Fernando que él!
No hagas caso; es tan entera (*A Miguel.*)
que le da rabia de amar...
¿Pues qué hay de particular
en que una muchacha quiera?—
Mira... Para tí... (*Enseñándole el bordado.*)
MIG. ¡Alma mia!... (*Convencido.*)
FERN. Como yo la pretendí,
creerá que amándote á tí
me ofende... ¡qué tonteria!
DOL. ¡No lo creas!
FERN. ¿Callarás?
DOL. ¡No lo creas!
FERN. ¡Dale... bola!
(No te mortifiques, Lola; (*Ap. á ella.*)
yo convenceré á don Blas.)
Ven, Miguel; es necesario
que aprendas á trabajar.
MIG. Vamos, si.
FERN. ¡Hoy te has de tragar
la mitad del formulario!
MIG. ¡Adios, Dolores, adios!
destierra el afan del alma...
dias de ventura y calma
nos guarda el cielo á los dos.
(*Se dirige al despacho, Fernando le sigue. Dolores detiene á este.*)
DOL. Oye... mírame.
FERN. ¡Bobada!
(*Con los ojos bajos.*)
¿Qué?
DOL. ¡Mírame! (*Con imperio.*) ¡Tú has mentido!

FERN. Lola... ya hemos convenido
que el llanto no prueba nada.
(*Se escapa, y entra en el despacho con Miguel.*)

ESCENA IV.

DOLORES.

¡Madre!.. tú, la que perdí;
madre, que estás en el cielo,
ven en mi ayuda, ¡ay de mí!—
sola, triste, y sin consuelo,
no puedo vivir asi.
El deber y la pasion
tanto apretaron sus lazos,
que ahogan mi corazon...
¡Ah! llevaos por compasion
mi corazon á pedazos!
(*Mirando al despacho.*)

ESCENA V.

DOLORES, D. BLAS, *que baja furioso.*

BLAS. ¿Dónde está?
DOL. Padre...
BLAS. ¡Lo fuí!...
¡No profaneis ese nombre!
DOL. ¡Don Blas! (*Séria.*)
[BL]AS. ¿Dónde está ese hombre?
¿dónde está Miguel?
¡Allí!
(*Con dignidad señalando al despacho; váse por la escalera. D. Blás se acerca al despacho.*)

ESCENA VI.

D. BLAS, MIGUEL.

BLAS. ¡Sal!

MIG. ¡Padre mio!
BLAS. ¡Silencio!
MIG. ¡Ah! ¡padre!...
BLAS. No me repitas
que eres mi hijo... ¡Harto me duele!—
Ya estás aqui. La desdicha
que nos cerca, dice á voces
que estás entre tu familia.
MIG. ¡Ay de mí!...
BLAS. Todos con lágrimas
tu regreso me atestiguan,
no bien se habian secado
las que arrancó tu partida.—
¿Qué buscas aqui?
MIG. El perdon
de mis faltas...
BLAS. ¿E imaginas
alcanzarlo?
MIG. Dios perdona...
BLAS. Tu contricion es tardia.
No es el arrepentimiento
quien tus pasos encamina...
cuando no puedes pecar,
es cuando el pecado evitas,
que sin que tú huyeras de ellos,
de tí los vicios huian.
MIG. De todo me he arrepentido...
BLAS. Porque el castigo te avisa.
Antes que el remordimiento,
sentiste de Dios la ira...
y pues Dios te ha condenado,
no hay llanto que te redima.
MIG. Yo me he propuesto enmendarme...
padre, ¡es tiempo todavia!
BLAS. ¡Enmendarte!... ¿Y de qué modo?
Reincidiendo en tus perfidias...
cometiendo nuevas faltas...
¿qué digo nuevas?... ¡las mismas!—
Todo lo sé.
MIG. ¿Qué?
BLAS. Esta casa
derribaste á tu partida,

y no bien se ha levantado,
nuevamente la derribas:
mi autoridad atropellas
como antes con planta impia;
ansias el placer ajeno,
y al prójimo el bien le quitas.
¿Es esa tu penitencia?
¿Esa de tu alma contrita
la reparacion? ¡Aparta,
monsfruo!... ¡Huye de mi vista!

MIG. ¡Señor, vea usted mi cabeza
doblada ante su justicia!..
¡Misericordia!

BLAS. La tienes
tú de nosotros?

MIG. ¿La vida
de un hijo, su amargo llanto,
no cerrarán las heridas
que abrió en el alma de un padre?
Si le ve uno y otro dia
orar, llorar, trabajar,
ser su amparo, ser su egida,
humilde ante sus mandatos,
reverente, de rodillas...
¿le arrojará de su casa?

BLAS. No; ni yo te arrojaria...
¡soy hombre, Miguel, soy padre!
¡Soy cristiano!

MIG. Entonces... (*Acercándosele.*)

BLAS. ¡Quita!
¡Yo te arrojo de esta casa,
porque esta casa no es mia!

MIG. ¿Cómo?

BLAS. De nuestros abuelos
se hundió la mansion bendita...
no busques aqui tu cuna...
no remuevas las cenizas
de un hogar, que tú, inhumano,
trocaste en pavesas frias!

MIG. ¡Explíquese usted, por Dios!
¿dónde estoy?

BLAS. ¿No lo adivinas?

Estás en el santo albergue
do la piedad de uua niña
acogió á dos pobres viejos...
¡á tus padres!..

MIG. Lola...

BLAS. ¡Mira
tu obra!

MIG. Lola me ama...
yo la adoro.

BLAS. ¡No lo digas!
Estás casa de Fernando;
del esposo de mi hija!
Suyo es todo lo que ves...
¿Ingrato, no lo sabias?
¿no recuerdas que há dos años
vendiste la escribania,
y me dejaste en la calle
sin mas pan que la ignominia?

MIG. ¡Ah!

BLAS. Te llevaste tu casa...
¿á qué vuelves?

MIG. Padre, la ira
le ciega á usted...

BLAS. ¿Qué?

MIG. Dolores
me ama... Fernando insta
porque nos casemos... yo
trabajando noche y dia
le pagaré aquella suma...

BLAS. ¿Pero... y su dicha?

MIG. ¡Su dicha!

BLAS. ¿Asi premias á Fernando
que, sin celos de tus miras,
dió á Dolores para tí
todo cuanto poseia;
que en tu bien y por su amor
ha venido á la ruina?
¿Pues no sabes que la ama?
¿que la amó toda su vida?

MIG. ¡Ah!

BLAS. ¿Premias asi al que ayer
al altar la conducia

cuando viniste á matar
nuestra primera sonrisa?
¡al que, mientras tú llegabas
á robarle sus delicias,
daba el resto de su hacienda
á ese pueblo, que venia
á embargarme... á profanar
mi honra, mi nombre, mi vida?

MIG. ¡Ah!.. ¡desgraciado!.. ¡ya luce
la verdad ante mi vista!.
Yo lo he devorado todo...
mi casa... el mundo, la dicha,
el amor, la amistad...

BLAS. Si...

MIG. ¡Conque no tengo familia!

BLAS. Toca, desgraciado, toca
el fruto de tu codicia.
Aqui de donde saliste
á buscar bien y caricias,
paz y bienes Dios te daba,
caricias y amor tenias.
¡Bien te aconsejé! ¿Te acuerdas?
¡Bien lloramos tu partida!
Bastante he echado de menos
tu apoyo en aciagos dias!

MIG. ¡Y usted me odia ya!

BLAS. (¡Dios mio!)
(*Volviendo la cabeza conmovido.*)

MIG. ¡No tengo padre!
(*Cae anonadado en el sillon.*)

BLAS. ¡Deliras!
(*Conmoviéndose hasta llorar.*)
soy tu padre... y si atendiera
á mi placer egoista...
si yo fuera como tú,
á tus brazos correria...
¡que eres mi hijo!.. ¡Mi hijo! (*Retrocediendo.*)
Pero no, no lo permita
el cielo... Padre no es
el que solo da la vida:
¡padre es quien da la virtud
con el pan á su familia!

(*Oyese un tambor á lo lejos. Fernando sale del despacho descencajado. Escucha el tambor que toca llamada. Entra otra vez en el despacho, sale con sombrero y se va á la calle.*)

El que solícito y tierno
de sus criaturas cuida;
pero que amando á los malos,
no los premia, los castiga.

MIG. ¡Madre de mi corazon!

BLAS. Poco amas su compañia,
cuando con tal desaliento
la frente á la tierra inclinas!

(*Las mujeres estan agrupadas en el último peldaño de la escalera esperando con afan el fin de la escena.*)

¡Qué! ¿Porque tus extravios
de ajeno sosten te privan,
dejarás de hacer por tí
lo que tu prójimo hacia?
¡Qué! ¿No puedes trabajar?
En esta soledad misma,
¿no habrá un palmo de terreno
que pan á tu esfuerzo rinda
y que á la hora de la muerte
tu cuerpo en su paz reciba?—
¡Alza!... ¡Valor!... Los tres juntos
salgamos de estas ruinas,
donde á procrear su prole
llega una nueva familia.
Dejemos aqui los ángeles
custodios de nuestra vida,
y no turbemos su gloria
en que Dios se regocija!

MIG. ¡Dolores!

BLAS. ¿De qué te quejas?

(*Fernando vuelve de la calle y oye el fin de esta escena.*)

Do quiera robaste dicha;
pero no sembraste nada,
y es tu cosecha de espinas.
El bueno, el que en los demas

paz sembró, bien y caricias,
hoy coge larga cosecha
de bendicion y alegria.

ESCENA VII.

Blas, Miguel, *sentado.* Fernando, *que avanza,* Dolores, Doña Rosa, Doña Ramona, *en la escalera.*

Fern. ¡Dios se lo pague, don Blas!...
¡Dios se lo pague!... Es usted
un santo!... (*La besa la mano.*) En fin... [atended:
(*A las mujeres—dominando su emocion. Miquel ruborizado al ver á Fernando, se se levanta y se va al fondo del teatro. Bajan tres de la escalera.*)
Me voy del pueblo.
Blas. ¿Te vas?
Las tres muj. ¿Cómo?
Fern. ¿No oye usted el tambor?
Blas. ¿Y bien?..
Fern. Es la quinta de
ahora dos años.
Blas. ¿Y qué?...
Tú estas libre.
Fern. No señor.
Blas. ¿Pues no entregaste seis mil
reales?
Fern. Si, mas suspender
quise aquel embargo ayer;
se los recogí á don Gil,
y con ellos pagué el censo...
Blas. ¡Oh! ¿Qué has hecho, desgraciado?
Fern. Que soy soldado...
Todos. ¡Soldado!
Blas. ¡Te has perdido!
Fern. ¡Ni por pienso!
(*Miguel entra en el despacho, toma el sombrero, y se va á la calle. Todo sin hacerse notar mucho del público.*)
Casi, casi me acomoda...
conozco que estorbo aqui...

y voy á otra parte...—Asi
se podrá hacer esa boda.

BLAS. ¡Nunca!

FERN. Lo dicho.

BLAS. ¡Jamás!

FERN. Yo ya no soy labrador...
y él quiere escribir... ¡mejor!
¿Qué he de hacer? Estoy demas.

BLAS. ¡Oh! no...

FERN. Y luego, aunque quisiera,
no tengo un maravedí
conque librarme....

ROSA. ¡Eso si!...
Te libraré aunque me muera
de hambre! .. ¡Aun tenemos sillas...
aun tenemos nuestras camas!

FERN. ¡No quiero!

ROSA. ¡Tú no nos amas!

BLAS. Fernando, tú nos humillas.

ROSA. ¡Venderé lienzos y seda...
el piano de Miguel!

FERN. Nada, no... ¡El piano es de él!...
¡Es lo único que le queda!—
Ademas que yo no quiero...
Yo no me puedo casar
con mujer que ha de llorar
porque quiso á otro primero!

DOL. ¡Fernando!

FERN. Miguel está
malo... del pecho.

ROSA. ¡Dios santo!

FERN. Y luego... ha sufrido tanto,
que es bueno que goce ya.—
Se quieren! (*A D. Blas.*)

DOL. ¡No seas injusto!
¡No te irás!..

FERN. ¿Y he de vivir
viendo llorar y gemir
por darles á ustedes gusto?

BLAS. ¡No te irás... lo mando yo!

DOL. ¡No te irás... ¡yo te lo ruego!

FERN. ¡Quiá! ¡Yo no le temo al fuego!

Ya volveré...

TODOS. ¡Nunca! ¡no!

FERN. ¡Caramba! ¿quién manda en mí?
(Dando una patada en el suelo; sobreponiéndose á todos.)
Dejad que cada uno haga...

BLAS. Oye... *(Sumiso.)*

FERN. ¡A mí no se me paga! *(Con soberbia.)*
¡Nada se me debe aquí!
(Conmovido, pero afectando ira.)
Nos hemos querido bien
veinte y dos años... me voy...
¡porque quiero!—Pero estoy
agradecido tambien.
Yo era huérfano y rapaz
cuando ustedes me acogieron...
como á un hijo me quisieron...
pues bien... estamos en paz!

ESCENA VIII.

DICHOS, D. GIL.

GIL. Vamos, Fernando; el alcalde
te espera... se van los mozos...

TODOS. ¡Ah! ¡no! *(Llorando y rodeándole.)*

FERN. ¡Al diablo los sollozos!—
Esto es quererse de balde!

DOL. ¡Fernando! ¡Fernando! *(Con amor.)*

FERN. ¿Qué?
(No atreviéndose á mirarla.)

DOL. ¡Fernando!... *(Con las manos cruzadas.)*

FERN. Mujer... te entiendo...
¡Sé feliz!:

DOL. ¡No!! *(Con fuerza.)*

FERN. ¿No estás viendo
(Volviéndose al fin á ella.)
que él se muere?

DOL. ¿Y tú?
(Cogiéndole las manos.)

FERN. ¡No sé!
(Con angustia.)

Ea... ¡Con Dios! (¡Cada caricia
me mata!) ¡Suéltenme ustedes!
(*Se desprende y corre á la puerta.*)
¡Adios!

BLAS. Señor... ¡tú no puedes
(*En el proscenio.*)
consentir esta injusticia!

ESCENA X.

DICHOS, MIGUEL *deteniendo á* FERNANDO *y trayéndolo al proscenio.*

MIG. (*Con alegria nerviosa.*)
¿Dónde vas?... ven... ¡majadero!—
¿A qué vienen esos llantos? (*A todos.*)
¿qué pasa aqui? voto á tantos!—
Conque...

FERN. Déjame... (*Forcejeando.*)

MIG. ¡No quiero!...

BLAS. ¡La fiera viene!

DOL. ¿Esto mas?

ROSA. ¿Miguel, qué tienes? (*Tocándole la frente.*)

MIG. ¿Yo? nada.
Conque... ello... ¿en marcha?—¡Bobada!

GIL. Vamos...

FERN. Deja...

MIG. ¿Dónde vas?
¿Qué sabes tú de viajes,
ni de mundo, ni de gentes...
tú que viste solamente
esta gente... estos parajes?
¿Qué harias tú por ahí
entre peligros y dolo?—
Eso lo entiendo yo solo...
nada... eso no es para tí.

FERN. ¡Y se burla!

BLAS. ¡Monstruo fiero!

DOL. ¡Ah! Miguel... (*Reconviniéndole.*)

ROSA. ¿Qué tienes, di?
(*Tocándole la frente.*)

MIG. ¡Estás libre!

TODOS. ¡Libre!
MIG. Si.
FERN. ¡Ah! ¿cómo?
MIG. Por mi dinero.—
¡No era tan pobre, señores!
ROSA. ¡Ah! tú estás malo... Esa cara..
MIG. ¿Malo?.. Eso lo dije... para
interesar á Dolores.—
Dolores... la broma cesa...
Sé su esposa... Lo reclamo
de tu amor...—Yo no te amo...
BLAS. ¡Calla!
MIG. ¡Yo amo... á la condesa!
DOL. ¡Ah cruel!.. ¡yo te aborrezco!
BLAS. ¡No la mates!
FERN. Lola... ven... (*Indignado.*)
¡yo te amo!
(*Se la lleva por la escalera.*)
MIG. ¡Tú tambien (*Deteniéndolos.*)
me aborreces...—¡lo merezco!

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* DOLORES *y* FERNANDO. *Miguel abraza á su madre rendido. Pausa.*

Madre... usté al menos... querrá
á su Miguel muchos años...
(Estos cabellos castaños
el tiempo los blanqueará!) (*Los besa.*)
Y usted... y yo...—Vamos... madre...
y usted?.. ¿me quiere?..
ROSA. ¡Yo, si!!
MIG. Pues... hasta luego...
(*Sonriendo, ap. á ella.*) (ahora aqui
quiero estar solo con padre.)
Vayan ustedes, señores...
ya hablaremos... —Un aparte...
Ramoncita... de mi parte
(*Deteniendo á Doña Ramona. Se rie.*)
dele usté un beso á Dolores.
GIL. Vamos...

(Consolando á Doña Rosa, llevándosela.)

ROSA. ¿Vendrás?

MIG. Si... Despues...

(Váse Doña Rosa con D. Gil y Doña Ramona: Miguel entra en el despacho. D. Blas le sigue con la vista.)

BLAS. *(Solo, sin apartar los ojos del despacho.)*
¿Qué es esto?..—Tiemblo y me aflijo...—
Ese hombre no es mi hijo...
No es mi sangre...—¡Si es! ¡si es!
(Dice esto último viendo aparecer á Miguel en la puerta del despacho, con el gaban, el sombrero y el palo que sacó en el acto segundo. Miguel mira á su padre, y da un paso hácia la puerta: allí se vuelve otra vez. Don Blas abre los brazos y grita:)

ESCENA ULTIMA

D. BLAS, MIGUEL.

BLAS. Ven...

MIG. *(Corre y se arroja á los pies de su padre.)*
¡Padre!.. la bendicion!

BLAS. ¿Hijo... te vas? ¿dónde? ¿cuándo?

MIG. *(Arrodillado.)* ¡Voy á servir por Fernando!..

BLAS. ¡Ah!... ven á mi corazon!
(Se abrazan.—Pausa.)

MIG. ¡Padre... la adoro!..

BLAS. Lo sé.
Te reconozco... Tú eres
mi hijo!

MIG. Si muero..,

BLAS. Si mueres...
en el cielo te veré!
¡Allí es la eterna ciudad
donde, en mas dichosa vida,
podrás ver feliz y unida
á toda la humanidad!—
Pronto iré á esperarte allí...
¡No faltes!

MIG. ¡No faltaré!...
BLAS. ¡Si... serás bueno... lo sé!
que ya, aunque lejos de mí,
no estás solo en la afliccion;
pues irán eternamente
mi bendicion en tu frente
y Dios en tu corazon!
(D. Blas le besa la frente. Miguel sale. Al desaparecer por la cancela, lo ve Doña Rosa que bajaba á la sazon: da esta un grito y quiere seguirle. D. Blas la recoge en sus brazos. Miguel la envia un beso y sale. —Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA.

Madrid 9 *de octubre de* 1857.

Conforme con el dictámen del señor Censor y Real órden expedida por el Ministerio de la Gobernacion en 8 *del actual, puede representarse esta comedia titulada* «El Hijo pródigo.» P. O. D. *El Gobernador.*=*El Secretario.*=ESCOBAR.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle Mayor, núm.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordaña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hi
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Co
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la C
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltr compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.